

Portavoz de la Gracia

Publicado por Chapel Library • 2603 West Wright St. • Pensacola, Florida 32505 USA

Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.

In Norteamérica: Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año.

Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.

No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

© Copyright 2010 Chapel Library, Pensacola Florida USA

Por favor envíe su nombre y domicilio completo a la dirección en su país a continuación se consigna. **Las suscripciones dentro de un país están disponibles sólo del distribuidor en ese país.** Por favor escriba con letra de imprenta legible. *Portavoz de la Gracia* en español se envía semestralmente. **Distribuidores que sirven dentro de su propio país únicamente.**

España: Suscripción anual (2 números): 3,30 € (Pastores: Suscripción gratis)
Editorial Peregrino • Apartado 19 • 13350 Moral de Calatrava (C. Real)

América Latina (menos Mexico): Suscripción anual (2 números): 7,00 USD (Pastores: Suscripción gratis)
Publicaciones Faro de Gracia • PO Box 1043 • Graham, North Carolina 27253 USA

Mexico: Suscripción anual (2 números): 50 pesos (Pastores: Suscripción gratis)
Publicaciones Faro de Gracia • COM-055 • 04831 DF

Estados Unidos y Canadá: Suscripción gratis
Chapel Library • 2603 West Wright Street • Pensacola, FL 32505 USA

EL HOGAR CONSAGRADO A DIOS

#170s

Contenido

Culto familiar A. W. Pink (1886-1952).....	1
Los deberes de esposos y esposas Richard Steele (1629-1692)	3
Deberes familiares Juan Bunyan (1628-1688).....	11
La sangre del rociamiento y los niños C. H. Spurgeon (1834-1892).....	19
Eduque a los niños para Cristo (Autor desconocido).....	25

CULTO FAMILIAR

A. W. Pink (1886-1952)

EXISTEN algunas ordenanzas exteriores y medios de gracia exteriores claramente implícitos en la Palabra de Dios, pero en la práctica tenemos pocos, si acaso algunos, preceptos claros y positivos; más bien nos limitamos a recogerlos del ejemplo de hombres santos y de diversas circunstancias secundarias. Se logra un fin importante por este medio; es así que se prueba el estado de nuestro corazón. Sirve para hacer evidente si los cristianos descuidan un deber claramente implícito por el hecho de no poder cumplirlo. Así, se descubre más del verdadero estado de

nuestra mente, y se hace manifiesto si tenemos o no un amor ardiente por Dios y por servirle. Esto se aplica tanto a la adoración pública como a la familiar. No obstante, no es difícil dar pruebas de la obligación de ser devotos en el hogar.

Considere primero el ejemplo de Abraham, el padre de los fieles y el amigo de Dios. Fue por su devoción a Dios en su hogar que recibió la bendición de: “Porque yo lo he conocido, sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio” (Gén. 18:19). El patriarca es elogiado aquí por instruir a sus hijos y siervos en el más importante de los deberes, “el Camino del Señor” –la verdad acerca de su gloriosa persona, su derecho indiscutible sobre nosotros, lo que requiere de nosotros. Note bien las palabras “*que mandará*”, es decir que usaría la autoridad que Dios le había dado como padre y cabeza de su hogar, para hacer cumplir en él los deberes relacionados con la devoción a Dios. Abraham también oraba a la vez que enseñaba a su familia: dondequiera que levantaba su tienda, edificaba “*allí un altar a Jehová*” (Gén. 12:7; 13:4). Ahora bien, mis lectores, preguntémosnos: ¿Somos “*simiente de Abraham*” (Gál. 3:29) si no “*hacéis las obras de Abraham*” (Juan 8:39) y descuidamos el serio deber del culto familiar? El ejemplo de otros hombres santos es similar al de Abraham. Considere la devoción que refleja la determinación de Josué quien declaró a Israel: “*Yo y mi casa serviremos a Jehová*” (24:15). No dejó que la posición exaltada que ocupaba ni las obligaciones públicas que lo presionaban, lo distrajeran de procurar el bienestar de su familia. También, cuando David llevó el arca de Dios a Jerusalem con gozo y gratitud, después de cumplir sus obligaciones públicas “*volvió para bendecir su casa*” (2 Sam. 6:20). Además de estos importantes ejemplos podemos citar los casos de Job (1:5) y Daniel (6:9). Limitándonos a sólo uno en el Nuevo Testamento pensamos en la historia de Timoteo, quien se crió en un hogar piadoso. Pablo le hizo recordar la “*fe no fingida*” que había en él, y agregó: “*la cual residió primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice*”. ¡Con razón pudo decir enseguida: “*desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras*”! (2 Tim. 3:15)

Por otra parte, podemos observar las terribles amenazas pronunciadas contra los que descuidan este deber. Nos preguntamos cuántos de nuestros lectores han reflexionado seriamente sobre estas palabras impresionantes: “*¡Derrama tu enojo sobre las gentes que no te conocen, y sobre las naciones que no invocan tu Nombre!*” (Jer. 10:25) Qué tremendamente serio es saber que las familias que no oran son consideradas aquí iguales a los paganos que no conocen al Señor. ¿Esto nos sorprende? Pues, hay muchas familias paganas que se juntan para adorar a sus dioses falsos. ¿Y no es esto causa de vergüenza para los cristianos profesos? Observe también que Jeremías 10:25 registra imprecaciones terribles sobre ambas clases por igual: “*Derrama tu enojo sobre...*” Con cuánta claridad nos hablan estas palabras.

No basta que oremos como individuos privadamente en nuestra cámara; se requiere que también honremos a Dios. *Dos veces cada día como mínimo, –de mañana y de noche— toda la familia debe reunirse para arrodillarse ante el Señor —padres e hijos, amo y siervo— para confesar sus pecados, para agradecer las misericordias de Dios, para buscar su ayuda y su bendición.* No debemos dejar que nada interfiera con este deber: todos los demás quehaceres domésticos deben supeditarse a él. La cabeza del hogar es el que debe dirigir el momento devocional, pero si está ausente, o gravemente enfermo, o es inconverso, entonces la esposa tomará su lugar. Bajo ningún concepto ha de omitirse el culto familiar. Si queremos disfrutar de las bendiciones de Dios sobre nuestra familia, entonces reúnanse sus integrantes diariamente para alabar y orar al Señor. “Honraré a los que me honren” es su promesa.

Un antiguo escritor bien dijo: “*Una familia sin oración es como una casa sin techo, abierta y expuesta a todas las tormentas del Cielo.*” Todas nuestras comodidades domésticas y las misericordias temporales que tenemos proceden del amor y la bondad del Señor, y lo mejor que podemos hacer para corresponderle es reconocer con agradecimiento, juntos, su bondad para con nosotros como familia. Las excusas para no cumplir este sagrado deber son inútiles y carecen de valor. ¿De qué nos valdrá decir, cuando rindamos cuentas ante Dios por la mayordomía de nuestra familia, que no teníamos tiempo ya que trabajábamos sin parar desde la mañana hasta la noche? Cuanto más urgentes son nuestros deberes temporales, más grande es nuestra necesidad de buscar socorro espiritual. Tampoco sirve que el cristiano alegue que no es competente para realizar semejante tarea: los dones y talentos se desarrollan con el uso y no con descuidarlos.

El culto familiar debe realizarse reverente, sincera y sencillamente. Es entonces que los pequeños recibirán sus primeras impresiones y formarán sus primeros conceptos del Señor Dios. Debe tenerse sumo cuidado a fin de no darles una idea falsa de la Persona Divina. Con este fin debe mantenerse un equilibrio entre comunicar su trascendencia y su inmanencia, su santidad y su misericordia, su poder y su ternura, su justicia y su gracia. La adoración debe empezar con unas pocas palabras de oración invocando la presencia y bendición de Dios. Debe seguirle un corto pasaje de su Palabra, con breves comentarios sobre el mismo. Pueden cantarse dos o tres estrofas de un salmo y luego concluir con una oración en que se encomienda a la familia a las manos de Dios. Aunque no podamos orar con elocuencia, hemos de hacerlo de todo corazón. Las oraciones que prevalecen son generalmente breves. Cuidese de no cansar a los pequeñitos.

Los beneficios y las bendiciones del culto familiar son incalculables. Primero, el culto familiar evita muchos pecados. Maravilla el alma, comunica un sentido de la majestad y autoridad de Dios, presenta verdades solemnes a la mente,

brinda beneficios de Dios sobre el hogar. **La devoción personal en el hogar es un medio muy influyente, bajo Dios, para comunicar devoción a los pequeños.** Los niños son mayormente criaturas que imitan, a quienes les encanta copiar lo que ven en los demás. “El estableció testimonio en Jacob, y puso ley en Israel, la cual mandó a nuestros padres que la notificasen a sus hijos, para que lo sepa la generación venidera, los hijos que nacerán, y los que se levantarán, lo cuenten a sus hijos. A fin de que pongan en Dios su confianza, y no se olviden de las obras de Dios, y guarden sus mandamientos” (Sal. 78:5-7). ¿Cuánto de la terrible condición moral y espiritual de las masas en la actualidad puede adjudicarse al descuido de este deber por parte de los padres de familia? ¿Cómo pueden los que descuidan la adoración a Dios en su familia pretender hallar paz y bienestar en el seno de su hogar? La oración cotidiana en el hogar es un medio bendito de gracia para disipar esas pasiones dolorosas a las cuales está sujeta nuestra naturaleza común. Por último, la oración familiar nos premia con la presencia y la bendición del Señor. Contamos con una promesa de su presencia que se aplica muy apropiadamente a este deber: vea Mat. 18:19, 20. Muchos han descubierto en el culto familiar aquella ayuda y comunión con Dios que anhelaban y que no habían logrado en la oración privada.

A. W. Pink (1886-1952): pastor y maestro itinerante, prolífico autor de *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras) y muchos libros, incluyendo el muy conocido *The Sovereignty of God* (La soberanía de Dios).

LOS DEBERES DE ESPOSOS Y ESPOSAS

Richard Steele (1629-1692)

Una versión moderna condensada y parafraseada por D. Scott Meadows

*“Cada uno empero de vosotros por sí,
ame también a su mujer como a sí mismo;
y la mujer reverencie a su marido.” (Efesios 5:33)*

EL matrimonio es el fundamento de toda la sociedad; por lo tanto, este tema es muy importante. Explicar a ustedes los deberes conyugales es mucho más fácil que persuadirlos a cumplirlos en la práctica. Ajusten su voluntad a las Escrituras, no viceversa. Hagan suyo Efesios 5:33.

1. *La conexión.* “Empero” es una transición de la realidad de la relación de Cristo con la iglesia. Significa que a pesar de ser un ideal inalcanzable, deben tratar de alcanzarlo, o que, por ser un noble ejemplo, deben imitarlo en su relación con su cónyuge.

2. La directiva.

-A. La obligación universal de ella. “Cada uno... de vosotros”, no importa lo bueno que sean ustedes o lo malo que sean sus cónyuges. Todos los maridos tienen derecho al respeto de sus esposas, sean ellos sabios o necios, inteligentes o lentos, habilidosos o torpes. Todas las esposas tienen derecho al amor de sus esposos, sean hermosas o feas, ricas o pobres, sumisas o rebeldes.

-B. La aplicación particular de ella. “De por sí”, cada uno, cada esposo y esposa debe aplicar esto a su propio caso en particular.

3. Resumen de los deberes.

-A. El deber de cada esposo. Amar a su esposa. Éste no es el único deber pero incluye a todos los demás. Debe amarla como a sí mismo. Esto es cómo (la Regla de Oro) y por qué ha de amarla (porque ambos son en realidad uno, amarla dará como resultado bendiciones para él).

-B. El deber de cada esposa. Temer (griego) o reverenciar (RV 1909) o respetar (RV 1960) a su marido, por su persona y por su posición. Esto incluye necesariamente amor, porque si ella lo ama, tratará de agradarle y evitar ofenderlo.

**Doctrina: cada esposo debe amar a su esposa como a sí mismo,
y cada esposa debe respetar a su esposo.**

Recuerden que éste es el consejo de su Creador, articulado claramente tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y tanto por Pablo, el apóstol a los gentiles (Ef. 5:23ss; Col. 3:18ss) como por Pedro, el apóstol a los judíos (1 Ped. 3:1ss). Estos dos deberes (marido-amor, esposa-respeto) no son exhaustivos, pero se mencionan particularmente ya sea porque son las fallas más comunes de cada uno o porque incluyen a todos los demás deberes. Otra explicación es que respeto es lo que los maridos más necesitan y amor, lo que las esposas más necesitan de sus cónyuges (Doug Wilson). Dios aconseja no sólo a fin de que tengamos vida eterna, sino para que seamos confortados aquí y ahora. El matrimonio piadoso es un pedacito de cielo sobre la tierra. Repasar estos deberes tiene que humillarnos por nuestros fracasos pasados y retornos a mejorar en el futuro.

DEBERES QUE CORRESPONDEN A AMBOS POR IGUAL

1. *Viviendo el uno con el otro.* Él tiene que dejar “a su padre y a su madre, y allegarse a su mujer” (Gén. 2:24), y ella tiene que olvidar su “pueblo, y la casa de [su] padre” (Sal. 45:10). Él tiene que “habitar con” su esposa (1 Ped. 3:7), y ella que “no se aparte del marido”, aunque éste sea inconvertido (1 Cor. 7:10). Los otros deberes del matrimonio requieren vivir juntos, teniendo relaciones sexuales regularmente, las cuales cada uno le debe al otro (1 Cor. 7:3-5). El AT prohíbe que los esposos vayan a la guerra durante su primer año de matrimonio (Deut. 24:5). Esto muestra la importancia de vivir juntos.

2. *Amándose el uno al otro.* Este es un deber tanto del esposo (Col. 3:19) como de la esposa (Tito 2:4). El amor es la gran razón y el consuelo del matrimonio. Este amor no es meramente romance, sino afecto y cuidado auténtico y constante y “entrañablemente de corazón puro” (1 Ped. 1:22) el uno por el otro. El amor matrimonial no puede basarse en belleza o riqueza, pues éstas son pasajeras, y ni siquiera en la piedad, pues ésta puede menguar. Tiene que basarse en el mandato de Dios que nunca cambia. El voto matrimonial es “para bien o para mal” y los casados deben considerar a sus cónyuges como lo mejor en este mundo para ellos. El amor matrimonial tiene que ser duradero, perdurando aun después de que la muerte haya roto el vínculo (Prov. 31:12). Este amor de corazón puro produce el corolario de contentamiento y consuelo. Guarda contra el adulterio y los celos. Previene o reduce los problemas familiares. Sin él, el matrimonio es como un hueso dislocado. Duele hasta que vuelve a encajarse en su lugar.

3. *Siendo fieles el uno al otro.* Cada varón debe tener (sexualmente) su propia esposa, y cada esposa su propio marido (1 Cor. 7:2), y sólo los suyos propios. Imiten al primer Adán quien tuvo sólo una esposa y al segundo Adán quien tiene una sola iglesia. El pacto matrimonial los enlaza a ustedes a sus propios cónyuges: los más queridos, dulces y mejores del mundo. La infidelidad más pequeña, *aun en el corazón*, puede llevar a un adulterio en toda la extensión de la palabra. Sin arrepentimiento, el adulterio destruye la felicidad terrenal al igual que la expectativa razonable del cielo. Casi disuelve el matrimonio, y en el AT era un crimen sancionado con la pena de muerte (Deut. 22:22). Cuidense para evitar las tentaciones de este pecado. El hombre que no se satisface con una mujer nunca se satisfará con muchas, porque este pecado no tiene límites. La fidelidad también incluye guardar el uno los secretos del otro. Estos no deben revelarse a menos que exista una obligación mayor. Contar los secretos del cónyuge es malo cuando sucede por accidente, peor cuando es el resultado de un enojo y peor todavía cuando es motivado por el odio.

4. *Ayudándose el uno al otro.* La esposa ha de ser “ayuda idónea” para su esposo (Gén. 2:18), lo cual implica que ambos deben ayudarse mutuamente. Deben compartir estas cosas:

A. Su trabajo. Si ella trabaja en casa y él trabaja fuera, el trabajo de ambos será más fácil. Para motivación, preste él atención a todo el libro de Proverbios, y ella especialmente al último capítulo.

B. Sus cruces. Aunque los recién casados esperan que el matrimonio sea sólo placer, las dificultades de seguro llegarán (1 Cor. 7:28). Quizás tengan que enfrentar la pérdida de bienes mundanales, daño a sus hijos, aflicciones causadas por amigos tanto como por enemigos. Cada cónyuge tiene que ser un amigo para el otro venga lo que venga.

C. Su consagración a Cristo. Vivan como herederos “juntamente de la gracia de la vida” (1 Ped. 3:7). La meta más alta del matrimonio es promover la felicidad eterna mutua. En esto, la cooperación es muy importante. Los conocimientos de él deben ayudar a vencer la ignorancia de ella, y el fervor de ella el desaliento de él. Cuando el esposo está en casa, debe instruir y orar con su familia y santificar el día de reposo pero, en su ausencia, ella debe atender estas cuestiones.

5. *Siendo pacientes el uno con el otro.* Este deber es hacia todos, pero especialmente hacia nuestro cónyuge (Ef. 4:31, 32). ¡En el matrimonio hay muchas tentaciones para impacientarse! Perder los estribos causa guerras civiles en casa, y nade bueno viene de ello. Ambos necesitan un espíritu humilde y quieto. Aprendan a estar en paz consigo mismos para mantener la paz. Retírense hasta que la tormenta haya pasado. Ustedes no son dos ángeles casados, sino dos hijos pecadores de Adán. Disimulen las faltas menores y tengan cuidado al confrontar las mayores. Reconozcan mutuamente sus propios pecados y confíésenlos todos a Dios. Cedan el uno al otro en lugar de ceder al diablo (Ef. 4:27).

6. *Salvando el uno al otro.* 1 Corintios 7:16 insinúa que nuestro gran deber es promover la salvación de nuestro cónyuge. ¿De qué sirve disfrutar del matrimonio ahora y luego irse al infierno juntos? Si uno deja que su cónyuge vaya a condenación ¿dónde está su amor? Ambos deben inquirir sobre el estado espiritual del otro, y usar los medios debidos para mejorarlo. Crisóstomo dijo: “Vayan los dos a la iglesia y luego dialoguen juntos sobre el sermón.” Si los dos ya son cristianos, entonces han de hacer lo que pueden para ayudarse mutuamente a llegar a ser santos más perfectos. Hablen con frecuencia de Dios y de cosas espirituales. Sean compañeros peregrinos a la Ciudad Celestial.

7. *Manteniendo relaciones sexuales matrimoniales con regularidad pero moderadas.* “Honroso es en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; mas a los fornicarios y a los adúlteros juzgará Dios” (Heb. 13:4). La relación sexual en el matrimonio ha sido diseñada para remediar los afectos impuros, no excitarlos. No pueden ustedes realizar con su cónyuge cada necesidad sexual que se les ocurra, por el mero hecho de estar casados. Ser dueños de un vino no les da permiso para emborracharse. Sean moderados y sensatos. Por ejemplo, pueden abstenerse por un tiempo para dedicarse a la oración (1 Cor. 7:5). Aun en las relaciones matrimoniales tenemos que demostrar reverencia a Dios y respeto mutuo. El amor auténtico no se comporta groseramente.

8. *Cuidando el uno los intereses del otro en todas las cosas.* Ayúdense a mantener una buena salud, y estén enfermos juntos, por lo menos en espíritu. El uno no debe ser rico mientras el otro sufre necesidad. Promueva cada uno la buena reputación de su cónyuge. El esposo naturalmente y con razón se interesa por las cosas que son del mundo, cómo puede agradar a su esposa, y la esposa hace lo mismo (1 Cor. 7:33, 34). Esto da honor a su fe, consuelo a sus vidas y una bendición en todo lo que tienen. Deben ser amigos íntimos, riendo y llorando juntos, siendo la muerte lo único que separa sus intereses.

9. *Orando el uno por el otro.* Pedro advierte qué hacer para que “vuestras oraciones no sean impedidas” (1 Ped. 3:7), lo que sugiere es que deben orar el uno por el otro y juntos. “Oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril” (Gén. 25:21). Tenemos que orar por todos, pero especialmente por nuestro cónyuge. El amor más puro se expresa en la oración sincera, y la oración preserva el amor. Procuren tener momentos de oración juntos. El Sr. Bolton oraba todos los días dos veces en privado, dos veces con su esposa y dos veces con su familia. La oración eleva al matrimonio cristiano por encima de los matrimonios paganos y de la cohabitación de los animales.

EL DEBER ESPECIAL DEL ESPOSO: AMAR

El amor es el fundamento de todos los demás deberes para con ella. Todo fluye de esto. Sin amor, cada cumplimiento de un deber para con ella parece difícil. La ternura, el honor y la amabilidad son meros rayos del sol del amor.

1. *Las dimensiones del marido piadoso.* El amor de un esposo por su esposa es particular a esta relación. Es distinto del amor paternal y de la lascivia animal.

A. La razón de él. Usted está casado con ella y Dios ordena a los esposos que amen a sus esposas. Solamente esto durará para siempre, ya que ella puede perder sus encantos de muchas maneras.

B. La extensión de él. Usted debe amar tanto su cuerpo como su alma. Por lo tanto debe escoger una esposa que le es atractiva por su físico y por su personalidad y espiritualidad. De otra manera, no le hace justicia a ella.

C. El grado de él. Por sobre el amor hacia todos los demás, incluyendo a sus padres e hijos, y ciertamente sobre cualquier persona fuera de la familia. “En su amor recréate siempre” (Prov. 5:19).

D. La duración de él. “Siempre” (Prov. 5:19, recién citado), no sólo en público sino también en privado, no por una semana o un mes o un año, sino hasta la muerte. Su amor debe aumentar diariamente incluyendo en la vejez. Tuvo usted su hermosura y su fuerza así que ¿por qué no sus arrugas y enfermedades? La hermosura interior aumenta a medida que la hermosura exterior disminuye. Existen muchas razones bíblicas por las cuales el amor del marido debe ser perpetuo.

2. El patrón para el amor del marido piadoso.

A. El amor de Jesucristo por su iglesia. “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia” (Ef. 5:25). “La sustenta y regala, como también Cristo a la iglesia” (5:29). Aunque no podemos lograr ser iguales a Cristo, esta cualidad de nuestro amor debe ser como la de él. Entonces, ¿cómo ama Jesucristo a su iglesia?

1) Auténticamente, sin hipocresía. Su amor fue tan real e intenso que murió por la iglesia.

2) Libremente, incondicional antes y sin expectativas después. Se dio a sí mismo para limpiar su iglesia, lo cual implica que antes ella no era ninguna belleza. El esposo, por su propio amor, debe generar amor en ella. El amor verdadero se trata más de mejorar el objeto del amor que de enriquecer el tema.

3) Santamente, sin impureza. Cristo amó a la iglesia “para santificarla, limpiándola en el lavacro del agua por la palabra” (5:26). Esto enseña al marido a obrar diligentemente para promover la santificación de su esposa.

4) Grandemente, sin comparación. “Nadie tiene mayor amor que este, que ponga alguno su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Esto es lo que Cristo hizo por su iglesia (Ef. 5:25).

5) Constantemente, sin cambiar. “Para presentársela gloriosa para sí, una iglesia que no tuviese mancha ni arruga” (Ef. 5:27). Muchas veces ella ha hecho a un lado a Cristo, no obstante, él sigue amándola. Los esposos deben copiar su ejemplo. Ninguna mala conducta de parte de ella justifica que la deje de amar.

6) Activamente, sin descuidarla. “La sustenta y regala” (5:29). Debe hacer lo máximo para llenar las necesidades de ella, ya sea de sustento, o de su amistad constante o de su cuidado cuando está enferma.

B. El amor del esposo por él mismo. “Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos” (5:28). “Cada uno... de vosotros de por sí mismo, ame también a su mujer como a sí mismo” (5:33). Si bien este modo de amar es menor que el amor de Cristo por su iglesia, es más fácil de entender.

1) Tiernamente. Tratamos nuestras propias heridas y angustias con más ternura que nadie. “Ninguno aborreció jamás a su propia carne” (5:29). Las esposas son como vasos de cristal, que se rompen fácilmente si no se las trata con ternura. Las mujeres son más propensas a los temores y las pasiones y los sufrimientos.

2) Alegrementemente. Nadie está tan listo para ayudarlo a uno como lo está uno mismo. Los mejores amigos a veces fallan, pero usted se ayuda a sí mismo. Así que esté listo para ayudar a su esposa. Si una nube se cierne entre ustedes, disípela con su amor. Usted no seguirá enojado consigo mismo por mucho tiempo. No deben necesitar un mediador.

3. La demostración del amor del marido piadoso.

A. De palabra.

1) Le enseña. “Habitad con ellas según ciencia” (1 Ped. 3:7). Ellas deben preguntar “en casa a sus maridos” si desean aprender algo, y no hablar en la congregación (1 Cor. 14:35). ¡Ay del esposo a quien le falta la voluntad o la habilidad de enseñar a su esposa! En cualquiera de los dos casos, debe adquirirla. De no ser así, ella probablemente lo maldiga para siempre en el infierno!

2) La reprende. “La caridad cubrirá multitud de pecados” (1 Ped. 4:8), de manera que pase por alto muchas de sus faltas. La espada pierde su filo por el uso constante, lo mismo sucede con la reprensión. No obstante, el amor verdadero a veces requiere la reprensión, pero debe hacerse con la mayor sabiduría y ternura imaginable, no delante de extraños, raramente ante la familia, principalmente por pecados, rara vez por otra cosa. Elogie primero, y explique después. La reprensión debe ser corta, como una palmada rápida y leve (es claro que esto es puramente una comparación; el marido jamás debe pegar a su esposa). Si la poción está demasiado caliente, hace más daño que bien. Siga el ejemplo de Job cuando dijo simplemente: “como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado” (Job 2:10). La reprensión leve es la que más posiblemente le impulse a ella a arrepentirse sinceramente (Prov. 25:15).

3) La alienta. Elógiela cuando hace algo bueno. Esto es importante porque le ayudará a ver la sinceridad de su amor cuando tiene que reprenderla, y hará que las reprensiones sean más convincentes.

4) La conforta. Especialmente cuando está sufriendo emocional o físicamente. Por los tiernos razonamientos de Elcana con Ana, ella volvió a comer (1 Sam. 1:8, 9). Las palabras gentiles de un esposo son como medicina para su esposa. No las subestime.

B. De hecho.

1) Le provee el sustento. Es principalmente deber del esposo proveer sustento para su esposa (Exo. 21:10). Ella debe ayudar hasta donde puede. El “honor” que debe darle el marido a su esposa como el vaso más frágil bien puede referirse a su mantenimiento (1 Ped. 3:7; Mat. 15:6; 1 Tim. 5:3). Debe proporcionarle sustento no sólo en vida de él sino también para cuando él haya partido, como lo hizo Cristo en relación con su iglesia. Si puede, debe darle un monto para que maneje a su gusto a fin de que ella pueda hacer caridad y animar a los siervos e hijos en el cumplimiento de sus obligaciones.

2) Le demuestra gran ternura. Esto se expresa especialmente en protegerla de peligros, tentaciones, daños, reproches, desprecios y su comprensión en los momentos de dificultades.

3) Le es un buen ejemplo. Por lo general, las esposas siguen a sus maridos al infierno o al cielo. El ejemplo de él es de más influencia de lo que él cree. Salomón lo llama “el príncipe [guía] de su mocedad [de ella]” (Prov. 2:17). Por lo tanto, establezca pautas de piedad, seriedad, caridad, sabiduría y bondad. Ella aprenderá a orar al escuchar sus oraciones. Su vida será una regla o una ley para la de ella.

4) Le concede pedidos razonables. Recuerde que David le otorgó a Betsabé el pedido que le hizo de que su hijo ocupara el trono (1 Rey. 1:15-31), Isaac le otorgó a Rebeca su pedido de una esposa piadosa para Jacob (Gén. 27:46; 28:1), y Jesucristo otorga pedidos razonables a su iglesia. El esposo debe estar anticipando los pedidos de ella, y otorgárselos antes de que los pida. Él debe buscar su consejo, como lo hicieron Elcana y Abraham (1 Sam. 1:23; Gén. 21:12) y ceder cuando ella tiene razón.

5) Confía en ella en cuestiones domésticas. “El corazón de su marido está en ella confiado” (Prov. 31:11), especialmente si tiene el criterio suficiente que necesita tener para manejar los asuntos del hogar. El esposo tiene cosas más importantes que hacer que mandar a los sirvientes de la casa. Ella quizá le consulte ocasionalmente a él a fin de que si las cosas no salen bien, ella no tenga la culpa. Pero, por lo general, él debe moverse en una esfera fuera de la casa, y ella en la de ella, dentro del hogar. Él debe traer la miel, y ella debe trabajarla en el panal.

6) Ejerce autoridad para con ella. El omnisciente Dios invistió al primer esposo con esa autoridad (Gén. 2:23), y no se la quitó en su caída (Gén. 3:16). La luz de la naturaleza y del evangelio lo requieren (Est. 1:22; 1 Cor. 11:3). Sólo las mujeres orgullosas e ignorantes lo cuestionan. Pero el esposo debe usarla:

a. sabiamente. Puede mantener su autoridad únicamente por medio de una conducta realmente espiritual, seria y varonil. Le será difícil a ella reverenciarlo si él no reverencia a Dios. Si él es superficial o afeminado, la perderá.

b. gentilmente. Recuerde que aunque su posición es superior, sus almas son iguales. Ella es su compañera, por lo tanto no puede ejercer dominio sobre ella como un rey lo hace con sus vasallos, sino como la cabeza lo hace con su cuerpo. Eva no fue formada de la cabeza ni del pie de Adán, sino de su costado, cerca de su corazón. Su actitud debe ser amistosa, sus palabras dulces, sus comandos escasos y respetuosos y sus reprensiones gentiles (Col. 3:16). No piense que el modo de mantener a una esposa bajo su autoridad es por intimidarla. Si la mansedumbre de la sabiduría no prevalece con ella, entonces ha fracasado usted en este mundo y ella en el mundo venidero.

EL DEBER ESPECIAL DE LA ESPOSA: RESPETAR

Esta es la cualidad especial de ella. Si tiene toda hermosura y todo conocimiento pero no respeta a su marido, no es una buena esposa. La creación lo sugiere. Fue creada después del hombre (1 Tim. 2:13), tomada del hombre (1 Cor. 11:8) y para el hombre (1 Cor. 11:9). Este orden no es del hombre, sino de Dios. Aun después de la Caída, la orden divina sigue en pie: “Él se enseñoreará de ti” (Gén. 3:16). El Nuevo Testamento confirma todo esto (Col. 3:18; 1 Ped. 3:1-6). Aun cuando ella sea la cosa más dulce y su marido el más malo, ella sigue teniendo el deber de respetarlo. Primero, tiene que fijar en su corazón que su posición es inferior a la de él, y entonces podrá cumplir con facilidad y alegría todo lo que el respeto implica. No es correcto colocar la costilla sobre la cabeza, ni aun a su mismo nivel.

1. Descripción del respeto de la esposa piadosa.

A. Lo tiene en alta estima. “Todas las mujeres darán honra a sus maridos, desde el mayor hasta el menor” (Est. 1:20). Reflexione en la excelencia de su persona, y valórela como debe. Y si él no es un hombre realizado, entonces debe ella considerar la excelencia de su lugar como “imagen y gloria de Dios” (1 Cor. 11:7). Lo estimó usted cuando lo eligió como marido, y debe seguir haciéndolo. Recuerde la falta de respeto de Mical para con David y el consecuente castigo de Dios (2 Sam. 6:16, 23). Su familia y sus vecinos la respetarán como ella respeta a su marido así que, al honrarlo a él, se honra a ella misma.

B. Lo ama de verdad. Este respeto está compuesto de amor, que es también el deber de la esposa (Tito 2:4). Sara, Rebeca y Raquel dejaron completamente a sus padres, amigos y patria por amor a sus maridos. Una joven llamada Clara Cerventa estaba casada con Valdaura cuyo cuerpo estaba tan lleno de enfermedades que nadie más se atrevía a tocarlo, pero ella curaba sus llagas con todo cuidado, y vendió sus propias ropas y joyas para mantenerlo. Por último él murió, y cuando llegaron los que venían a consolarla, les dijo que, si pudiera, lo compraría de vuelta aun si significara perder a sus cinco hijos. No hay manera mejor de generar el amor de su esposo que reverenciándolo.

C. Lo complace con diligencia. La palabra “reverencie” en Efesios 5:33 es literalmente “tema”. Ella debe mantener “casta conversación, que es en temor” (1 Ped. 3:2), porque el uno sin el otro es inadecuado. Este temor no es servil, sino un sincero deseo de complacerle y negarse a ofenderlo. “Haré todo lo posible para complacerlo, aunque no temo su mano, sino su ceño fruncido. Preferiría desagradar al mundo entero antes que a mi marido.”

2. El patrón para el respeto de la esposa piadosa.

A. El respeto de la iglesia por Cristo. “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor” (Ef. 5:22). “Como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo” (5:24). Su sumisión ha de ser como la sumisión ideal de la iglesia a Cristo.

1) En todo. En lo grande y en lo pequeño, en lo que le es agradable y lo que le es desagradable a ella. Sólo cuando él requiere lo que Dios prohíbe o prohíbe lo que Dios requiere ha de negarle ella su sumisión. Ella puede razonar con él en cuestiones que le son inconvenientes a ella, pero si no lo persuade, y no se trata de un pecado, ella debe someterse a él.

2) Libre, con buena disposición y alegre. El servicio que el cristiano rinde al Señor es con buena voluntad (Ef. 6:7). Así que la esposa debe someterse a su marido como si hubiera una sola voluntad en el corazón de ambos. Lea y Raquel seguían a Jacob como su sombra (Gén. 31:16). La reverencia de Sara era sincera, pues llamaba “señor” a su marido (Gén. 18:12), y esto es un ejemplo para las esposas cristianas (1 Ped. 3:6). Por lo tanto, una obediencia a regañadientes es inaceptable y, por lo general, brota del orgullo y engreimiento que ella no ha mortificado. Aun si él es severo, es mejor que ella cumpla su deber, y deje que Dios sea quien juzgue.

B. El respeto del cuerpo por la cabeza. “Porque el marido es cabeza de la mujer” (Ef. 5:23). Todos los miembros del cuerpo saben que la cabeza es útil para el bien de ellos. La mano aceptará una herida para proteger la cabeza. Sea lo que fuere que la cabeza decide hacer, el cuerpo se levanta y la sigue todo el tiempo que puede. Este es el modo como la esposa debe honrar a su marido, segundo sólo a Dios. Es ridículo pensar que la cabeza puede ir en una dirección y la costilla por otra, que un soldado mande a su general o que la luna pretenda ser superior al sol. Esto se altera únicamente si el marido es insano. “El hombre tiene autoridad en su casa a menos que sea verbum anomalum; es decir, un necio” (Lutero).

3. La demostración de respeto de la esposa piadosa.

A. De palabra.

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Mat. 12:34). Si ella realmente lo respeta, se notará en lo que dice. “Y la ley de clemencia está en su boca” (Prov. 31:26; vea 15:4).

1) Habla respetuosamente de él en su ausencia. Ninguna esposa es demasiado grande ni buena como para no imitar el ejemplo piadoso de Sara y darle un título de respeto como “señor” (1 Ped. 3:6). La mujer malvada se refiere a su marido como “el hombre” (Prov. 7:19, literalmente en hebreo). ¡Oh que esto fuera lo peor que las esposas llamaran a sus maridos a sus espaldas!

2) Le habla respetuosamente en su presencia. Cuídese de:

a. interrumpirlo cuando habla o decir diez palabras por una de las de él. El silencio, más que el hablar, muestra la sabiduría de la mujer. La mujer sabia usa las palabras con moderación.

b. usar palabras o un tono irrespetuoso. Procure ser un “espíritu agradable y paciente” (1 Ped. 3:4). No tema que esto empeorará a su marido, más bien confíe en la sabiduría de Dios (1 Ped. 3:1; Prov. 25:15). Recuerde que Dios le escucha y le juzgará por cada palabra ociosa (Mat. 12:36). Idealmente, tanto el esposo como la esposa deben ser lentos para apasionarse, no obstante esto, donde uno debe ceder, lo más razonable es que sea la esposa. Ninguna mujer recibe honra por haber tenido la última palabra. Algunas mujeres argumentan que su lengua es su única arma, pero el sabio sabe que a su lengua la enciende el infierno (Stg. 3:6). Note cómo Raquel le habló impulsivamente a Jacob: “Dame hijos, o si no, me muero” (Gén. 30:1), y en cuanto tuvo dos, imurió! (Gén. 35:18). Por otro lado, Abigail se comportó con prudencia y recibió honra. Si el respeto no prevalece con él, el enojo tampoco. Por eso es que el marido y la esposa deberían acordar que nunca se levantarán la voz uno al otro.

B. De hecho.

1) Ella obedece sus instrucciones y sus restricciones. Sara obedeció a Abraham, y ella es un ejemplo digno (1 Ped. 3:6). Él le dijo: “Toma presto tres medidas de flor de harina, amasa y haz panes” (Gén. 18:6), y ella lo hizo inmediatamente. La esposa está obligada a obedecer a su marido con sinceridad en todo lo que no sea contrario a la voluntad revelada de Dios y, aun en este caso, debe negarse respetuosamente. Por ejemplo, ella no puede dar su consentimiento a omitir la lectura bíblica o la oración o a no santificar el Día del Señor, aunque él lo mande enérgicamente. El hogar es el lugar apropiado para ella; ella es su hermosura; allí es donde se desenvuelve y es su seguridad. Sólo una necesidad urgente debe impulsarla a salir. Los pies de la prostituta no moraban en su casa (Prov. 7:11). La esposa debe vivir donde su marido lo juzga mejor. Las esposas deben “ser prudentes, amar a sus maridos, amar a sus hijos, ser templadas, castas, tener cuidado de la casa [en griego, oikouros, que significa cuidar la casa, trabajar en el hogar, quedándose en casa y atendiendo los asuntos de la familia, Concordancia de Strong], buenas, sujetas a sus maridos” (Tito 2:4, 5).

2) Ella le pide su consejo y escucha sus reconvenciones. Rebeca no mandó a Jacob a su hermano Laban sin consultarle a Isaac (Gén. 27:46). Sara no echó a la sierva Agar sin consultarle a Abraham (Gén. 21:10). La mujer sunamita no iba a recibir al profeta en su casa sin decirle a su marido (2 Rey. 4:10). Su tarea más difícil es escuchar la reconvención con cariño y gratitud, especialmente si tiene un espíritu orgulloso y contencioso. Pero ella debe recordar que tiene sus faltas, y que nadie las ve mejor que su marido. Así que contestarle con dureza por sus reconvenciones muestra una gran ingratitud. Si ella realmente lo respeta, esta será una píldora mucho más fácil de tragar.

3) Ella mantiene una actitud respetuosa y alegre en todo momento. No debe ceder a la irritabilidad o la depresión cuando él está contento, ni estar eufórica cuando él está triste. Debe hacer todo lo posible para que él se complazca en ella. Exprese ella contentamiento con lo que tiene y con su posición, y un temperamento dulce a fin de que él disfrute de estar en casa con ella. Estudie ella cómo le gustan a él sus comidas, sus ropas, su casa y obre conforme a lo que le agrada, porque aun debido a estas pequeñeces surgen muchas agrias discusiones. Nunca debe permitir que su exceso de confianza con él genere desdén. El amor de él no debe hacerle olvidar sus deberes, sino aumentar sus esfuerzos. Su cariño no debe disminuir su respeto por él. Es mejor obedecer a un hombre sabio que a uno necio. La mayoría de los maridos se reformarán si sus esposas los respetan adecuadamente. De la misma manera, la sabiduría y el afecto de él se ganan el respeto de la esposa en la mayoría de los casos.

Algunos harán caso omiso a estos consejos con la excusa de que nadie puede ponerlos por obra, pero esto es una burla a Dios. Él castigará a los tales. Si su venganza no le llega en esta vida, como sucede con frecuencia con los rebeldes, entonces le llegará en la próxima. El cristiano auténtico se caracteriza por un sometimiento fundamental al consejo bíblico; sin estos, somos meros hipócritas.

CÓMO CUMPLIR ESTOS DEBERES

1. *Manténganse puros antes del matrimonio.* Esto les ayudará más adelante a cumplir los deberes matrimoniales. Cada uno debe “tener su vaso en santificación y honor” (1 Tes. 4:4). El fornicario antes de casarse sigue con su pecado dentro del matrimonio. Cuídense de la primera aparición de la lascivia, y huyan de ella como de un veneno. Mantengan su corazón lleno de las cosas de Dios y su cuerpo ocupado en el cumplimiento de sus obligaciones. Los más grandes incendios comienzan con una chispa. El placer momentáneo que precede al tormento eterno es pura necedad. Si han pecado ustedes de esta manera, limpien su corazón y sus manos con la sangre de Cristo por medio de la confesión a Dios, con ayuno y oración, pidiéndole perdón y fortaleza contra tentaciones futuras. Gusten de las delicias más

espléndidas del favor y las promesas de Dios, el perdón del pecado y la seguridad de vida e inmortalidad. Una vez que hayan bebido de la fuente pura, nunca volverán a preferir las aguas del arroyuelo turbio.

2. *Elijan con cuidado a su cónyuge.* Ahora que saben lo difícil que es el matrimonio piadoso, deben orar que el Señor les guíe a dar ese paso. No amen primero, y consideren después. Primero consideren, y después amen. El alma del otro sea su principal preocupación, no su apariencia o dinero. ¿Por qué cargar con una cruz perpetua por una ganancia o un placer pasajero? Cásense sólo con un cristiano, cuanto más piadoso, mejor. Consideren también su personalidad. Hablen honestamente el uno con el otro sobre sus propias faltas y problemas antes de contraer matrimonio. Si alguien les vendiera un animal enfermo pretendiendo que era sano, se sentirían defraudados. ¡Cuánto peor es cuando alguien pretende ser mejor de lo que realmente es para asegurar su matrimonio al que dicen amar!

3. *Estudien los deberes matrimoniales bíblicos antes de tenerlos.* Ser un cónyuge piadoso es un reto tan grande que tienen que prepararse bien con anterioridad. ¡Con razón tantos matrimonios fracasan! Sucede con demasiada frecuencia que el esposo no sabe cómo gobernar, la esposa no sabe cómo obedecer. Ambos son ignorantes, engreídos e infelices. Por lo tanto, los padres deben enseñar a sus hijos acerca de los deberes del matrimonio. En caso contrario, las familias que deberían ser el semillero de la iglesia se convierten en caldo de cultivo del desorden y la inmoralidad. Lean no sólo las Escrituras, sino también libros buenos sobre el tema. [El lector moderno tiene muchas opciones en este aspecto.]

4. *Resuelvan obedecer a Dios sin reservas.* Hasta no haber nacido de nuevo y haber sido santificados en su corazón, no pueden agradar a Dios ni ser una bendición total para su cónyuge. El marido que realmente teme a Dios no puede guardarle rencor a su esposa. Una Biblia colocada entre ustedes eliminará muchas diferencias, confortará en medio de dificultades y les guiará en muchas circunstancias confusas. Recuerden que la razón de los mandatos de Dios es la más elevada de manera que la obediencia es la mayor dulzura. Guarden la Regla de Oro en su matrimonio. Ser justos y rectos fuera de casa no excusa la maldad en casa. Cuando ambos se enfocan en sus propios deberes, serán bendecidos.

5. *Obtengan y mantengan un afecto auténtico para con su cónyuge.* No den lugar a los celos. No escuchen a los murmuradores ni a los chismosos. Con frecuencia, los celos se desarrollan donde faltaba un afecto sincero desde el principio.

6. *Oren pidiendo gracias espirituales.*

A. Sabiduría. La falta de sabiduría causa muchos problemas en el matrimonio. Necesitamos mucha sabiduría para gobernar como maridos y para someternos como esposas.

B. Humildad. Esto impide que el marido se convierta en un tirano y que la esposa no se sujete de buena voluntad a su marido. “La soberbia parirá contienda” (Prov. 13:10). El orgulloso no puede llevarse bien ni siquiera con un ángel; el humilde se lleva bien con cualquiera. La humildad también promueve contentamiento. El marido y la esposa humildes dirán: “Mi cónyuge es demasiado bueno para un pecador como yo. No me merezco una pareja tan maravillosa. Esa fue una dura reprimenda, pero no fue nada en comparación con el infierno, que es lo que me merezco.” La compañía de las personas realmente humildes es agradable.

C. Rectitud. Se necesita un corazón recto para guardar estos mandamientos de Dios. El corazón escogerá el camino más seguro, aunque sea el más difícil. Sufrirá el peor agravio más bien que causar el más pequeño. Se guardará contra los inicios del pecado, que en el matrimonio producen las peores dificultades. El esposo y la esposa rectos se esforzarán por cumplir cada uno su propio deber, y serán los más estrictos con sus propios fracasos.

Disponibile en forma de tratado. D. Scott Meadows
es pastor de Calvary Baptist Church (Iglesia Bautista alvario),
una congregación Reformada Bautista en Exeter, New Hampshire.

Richard Steele (1629-1692): predicador y escritor puritano; echado de su púlpito por el Acto de Uniformidad en 1662 y después por “The Five Mile Act Born”, nunca cesó de proclamar oralmente las riquezas de Cristo. Recordado como “un hombre muy valioso y útil, un buen erudito, un estudioso y excelente predicador”. Nació en Bartholmley, Cheshire, Inglaterra.

DEBERES FAMILIARES

Juan Bunyan (1628-1688)

EL DEBER DEL PADRE HACIA LA FAMILIA EN GENERAL.

El que es cabeza de una familia tiene, bajo esa relación, una obra que realizar para Dios: gobernar correctamente a su propia familia. Y su obra es doble. Primero, tocante a su estado espiritual. Segundo, tocante a su estado exterior.

Primero, tocante al *estado espiritual de su familia*, ha de ser muy diligente y circunspecto, haciendo lo máximo para aumentar la fe donde ya la hay, y para iniciarla donde no la hay. Por esta razón, basándose en su Palabra, debe con diligencia y frecuencia compartir con los de su casa las cosas de Dios que sean apropiadas para cada caso. Y nadie cuestione esta práctica de gobernar de acuerdo con la Palabra de Dios; porque si la enseñanza en sí es de buen nombre y honesta, se encuentra dentro de la esfera y los límites de la naturaleza misma, y debe hacerse; con más razón muchas otras enseñanzas de una naturaleza más elevada; además, el apóstol nos exhorta: “*Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, en esto pensad*” (Fil. 4:8). Poner en práctica este piadoso ejercicio en nuestra familia es digno de elogio, y es muy apropiado para todos los cristianos. Ésta es una de las cosas que Dios tanto encomendó a su siervo Abraham, que tanto afectó su corazón. Conozco a Abraham, dice Dios, “conozco” que es de verás un buen hombre, porque “sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová,” (Gén. 18:19). Esto fue algo que también el buen Josué determinó que sería su práctica durante todo el tiempo que viviera sobre esta tierra. “Yo y mi casa serviremos a Jehová” (Jos. 24:15).

Además, también encontramos en el Nuevo Testamento que los que no cumplían este deber eran considerados de un rango inferior; sí, tan inferiores que no eran dignos de ser elegidos para ningún oficio en la iglesia de Dios. El [obispo o] pastor tiene que ser alguien que gobierna bien su propia casa, que tiene a sus hijos sujetos con toda seriedad, porque el hombre que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar la iglesia de Dios? “Conviene, pues, que el obispo sea... marido de una mujer..., que gobierne bien su casa, que tenga sus hijos en sujeción con toda honestidad” (1 Tim. 3:2, 4). Note que el apóstol parece determinar al menos esto: que el hombre que gobierna bien su familia tiene una de las cualidades que debe tener el pastor o diácono en la casa de Dios, porque el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo puede cuidar la iglesia de Dios? Considerar esto nos aclara la obra de la cabeza de una familia, tocante al gobierno de su casa.

1. El pastor debe ser firme e incorrupto en su doctrina; y por cierto que también debe serlo la cabeza de una familia (Tito 1:9; Ef. 6:5).

2. El pastor debe ser apto para enseñar, redargüir y exhortar; y así debe ser también la cabeza de una familia (1 Tim. 3:2; Deut. 6:7).

3. El pastor mismo tiene que ser ejemplo de fe y santidad; y así debe ser también la cabeza de una familia (1 Tim. 3:2-4; 4:12). “Entenderé,” dice David, “en el camino de la perfección... en integridad de mi corazón andaré en medio de mi casa” (Sal. 101:2).

4. El pastor tiene la función de reunir a la iglesia; y cuando la haya reunido, orar juntos y predicar. Esto es recomendable también para la cabeza de la familia cristiana.

Objeción: Pero mi familia es impía y rebelde tocante a todo lo que es bueno. ¿Qué debo hacer?

Respuesta: 1. Aunque esto sea así, igualmente debe usted gobernarlos, ¡y no ellos a usted!

Dios lo ha puesto sobre ellos, y usted debe usar la autoridad que Dios le ha dado, tanto para reprender sus vilezas, como para mostrarles que la maldad de su rebelión es contra el Señor. Elí lo hizo, pero no lo suficiente; igualmente David (1 Sam. 2:24, 25; 1 Crón. 28:9). También, debe contarles qué triste era su propio estado cuando se encontraba en la condición de ellos, así que esfuércese en recobrarlos de la trampa del diablo (Mar. 5:19).

2. También debe esforzarse para que asistan a los cultos de adoración a Dios, por si acaso Dios convierta sus almas. Jacob le dijo a su familia y a todos los que lo rodeaban “Y levantémonos, y subamos a Beth-el; y haré allí altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia” (Gén. 35:3). Ana llevó a Samuel a Silo, a fin de que morara con Dios para siempre (1 Sam. 1:22). El alma tocada por el Espíritu se esforzará por llevar a Jesucristo no sólo a su familia, sino a toda la ciudad (Juan 4:28-30).

3. Si son obstinados y no quieren acompañarlo, entonces traiga hombres piadosos y de convicciones firmes a su casa, para que allí prediquen la Palabra de Dios cuando usted haya, como Cornelio, reunido a su familia y amigos (Hechos 10).

Usted sabe que el carcelero, Lidia, Crispo, Gayo, Estéfanos y otros fueron salvos no sólo ellos mismos, sino que también los de su familia por la palabra predicada, y algunos de ellos por la palabra predicada en sus casas (Hech. 16:14-34; 18:7, 8; 1 Cor. 1:16). Y ésta puede haber sido una razón, entre muchas, por la cual los apóstoles, en su época, enseñaban no sólo en público sino también de casa en casa. Posiblemente, creo yo, para ganar a los miembros de la familia que todavía eran inconversos y vivían en sus pecados (Hech. 10:24; 20:20, 21). Algunos de ustedes saben qué común era invitar a Cristo a sus casas, especialmente si tenían algún enfermo que no quería o no podía acudir a él (Luc. 7:2, 3; 8:41). Si es así con los que tienen enfermos físicos en su familia, entonces cuanto más lo es donde hay almas que necesitan a Cristo, incesantemente ser salvadas de la muerte y la condenación eterna!

4. No descuide usted mismo los deberes familiares entre ellos; como es leer la Palabra y orar. Si tiene algún familiar que es salvo, esté contento. Si está solo, no obstante sepa que tiene en ese momento tanto la libertad de acercarse a Dios por medio de Cristo, como la capacidad de contar con el apoyo de la iglesia universal uniéndose a usted en oración a favor de todos los que habrán de ser salvos.

5. No permita en su casa libros impíos, profanos o herejes, ni conversaciones del mismo tenor. “Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres” (1 Cor. 15:33). Me refiero a libros, etc. profanos o herejes que tienden a provocar una vida liviana o los que son contrarios a las enseñanzas fundamentales del evangelio. Sé que se debe permitir que los cristianos tengan su libertad con respecto a cosas que no atañen a la fe, pero esas cosas que atacan la fe o la santidad, deben ser abandonadas por todos los cristianos, especialmente por los pastores de las iglesias y las cabezas de familias. Tal como sucedió con Jacob cuando ordenó a su familia y a todos los que estaban con él que se librasen de los dioses extraños entre ellos y que se cambiaran sus vestidos (Gén. 35:2). Dejaron un buen ejemplo o dos aquellos que, según el relato de Hechos, tomaron sus libros mundanos y los quemaron delante de todos los hombres aunque valían cincuenta mil piezas de plata (Hech. 19:18, 19). El descuido de este cuarto asunto ha ocasionado la ruina de muchas familias, tanto entre los hijos como los sirvientes. El que vanos charlatanes y sus obras engañosas desvíen a familias enteras es más fácil de lo que muchos suponen (Tito 1:10, 11). Ya hemos considerado el estado espiritual de su familia. Ahora veamos su estado exterior.

Segundo, tocante al estado exterior de su familia, usted debe considerar estas tres cosas.

1. Que es su obligación asegurarse de que cuenten con el sustento necesario. “Y si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, la fe negó, y es peor que un infiel” (1 Tim. 5:8). Observe que cuando la Palabra dice que debe tener cuidado de los suyos, no le da licencia para descuidarlos, ni permite que el mundo entre en su corazón, ni en su cuenta de banco, ni que se preocupe de los años o días venideros, sino que provea el sustento a fin de que tengan comida y ropa; y si cualquiera de ustedes o usted mismo no se contentan con eso, se salen de los límites del gobierno de Dios (1 Tim. 6:8; Mat. 6:34). De esto se trata trabajar a fin de contar con los medios para “governarse en buenas obras para los usos necesarios” (Tito 3:14). Y nunca objete, que a menos que logre tener más, no estará satisfecho, porque eso es falta de fe. La Palabra dice que Dios da de comer a los cuervos, cuida a los gorriones y viste a la hierba. ¿Qué más puede desear el corazón que ser alimentado, vestido y cuidado? (Luc. 12:6-28).

2. Por lo tanto, aunque usted mantenga a su familia, haga que todo su trabajo sea con moderación: “Vuestra modestia sea conocida de todos los hombres” (Fil. 4:5). Cuídese de ocuparse tan intensamente de las cosas de este mundo al punto de obstaculizar el cumplimiento de sus deberes y los de su familia hacia Dios, los cuales, por gracia, tiene que cumplir; como ser orar en privado, leer las Escrituras y reunirse con otros creyentes. Es indigno que los hombres, junto con sus familias vayan detrás de este mundo al punto de apartar su corazón de la adoración a Dios.

Cristianos, “El tiempo es corto; lo que resta es, que los que tienen mujeres sean como los que no la tienen; y los que lloran, como los que no lloran; y los que se huelgan, como los que no se huelgan;... y los que usan de este mundo,

como los que no usan; porque la apariencia de este mundo se pasa” (1 Cor. 7:29-31). Muchos cristianos viven y actúan en este mundo como si la religión fuera algo secundario, y como si este mundo fuera lo único que realmente necesita, cuando en realidad todas las cosas de este mundo son transitorias, y la religión es lo único verdaderamente necesario (Luc. 10:40-42).

3. Si quiere ser la cabeza de una familia digna de usted, debe ocuparse de que haya armonía cristiana entre los que dependen de usted, como sucede en la familia donde gobierna alguien que teme a Dios.

(1.) Debe usted asegurarse de que sus hijos y sirvientes estén sujetos a la Palabra de Dios; porque aunque le corresponde sólo a Dios gobernar el corazón, él espera que usted gobierne al hombre exterior; porque si no lo hace, puede en poco tiempo cortar su descendencia [aun todos los varones] (1 Sam. 3:11-14). Ocúpese, entonces, de que sean sobrios en todas las cosas, en sus vestidos, su lenguaje, que no sean glotones ni borrachos; ni deje que sus hijos maltraten sin razón a sus sirvientes ni que se traten neciamente los unos a los otros.

(2.) Aprenda a distinguir entre cualquier ofensa que su familia le haya hecho a usted y la que le haya hecho a Dios; y aunque debe ser muy celoso del Señor y no tolerar nada que sea una transgresión abierta contra él; debe aquí mostrar su discernimiento y pasar por alto y olvidar las ofensas personales: “El amor cubrirá multitud de pecados.” No sea como los que se enfurecen, cuyas miradas parecen las de un loco cuando alguien los ofende; pero, que se ríen o hacen caso omiso y no reprenden cuando alguien deshonra a Dios.

“Que gobierne bien su casa, que tenga sus hijos en sujeción con toda honestidad” (1 Tim. 3:4). Salomón a veces era tan grandioso en este sentido que dejaba atónitos a los que lo visitaban (2 Crón. 9:3, 4). Pero pasemos de lo general a lo particular.

¿Tiene usted una esposa? Debe considerar cómo se comporta en esa relación: y para hacerlo correctamente, tiene que considerar la condición de su esposa: si realmente cree o no. *Primero*, si cree, entonces:

1. Tiene usted el compromiso de bendecir a Dios por ella; porque su estima sobrepasa a la de piedras preciosas, y ella es la bendición de Dios para usted, y es para su gloria” (Prov. 12:4; 31:10; 1 Cor. 11:7). “Engañosa es la gracia, y vana la hermosura: *la mujer* que tiene a Jehová, ésta será alabada” (Prov. 31:30).

2. Debe amarla por dos razones: (1.) Es su propia carne y hueso: “Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne” (Ef. 5:29). (2.) Es, junto con usted, heredera de la gracia de vida (1 Pedro 3:7). Esto, digo, debe motivarlo a amarla con amor cristiano; amarla, creyendo que ambos son los muy amados de Dios y del Señor Jesucristo y que estarán juntos cuando disfruten de la vida eterna con él.

3. Debe conducirse usted hacia ella y delante de ella, como lo hace Cristo hacia su iglesia y delante de ella; como dice el apóstol: Los hombres deben amar a sus esposas “así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Ef. 5:25). Cuando los esposos se comportan como deben, entonces no serán sólo esposos, sino el cumplimiento de una ordenanza de Dios para la esposa, que le predica a ella la conducta de Cristo hacia su esposa. Una dulce fragancia envuelve las relaciones de los esposos y esposas que creen (Ef. 4:32); la esposa, digo significando la iglesia, y el esposo su cabeza y salvador, “Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia” (Ef. 5:23) y él es el Salvador del cuerpo.

Éste es uno de los propósitos principales por el cual Dios instituyó el matrimonio, que Cristo y su iglesia, figuradamente, estén dondequiera que haya una pareja que cree por gracia. Por lo tanto, el esposo que se comporta indiscretamente hacia su esposa, no sólo se comporta contrariamente a la regla, sino que provoca que su esposa pierda el beneficio de tal ordenanza, frustra el misterio de su relación.

Por lo tanto digo: “Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne, antes la sustenta y regala, como también Cristo a la iglesia” (Ef. 5:28, 29). Cristo dio su vida por su iglesia, cubre sus debilidades, le transmite su sabiduría, la protege y la ayuda en sus asuntos en este mundo; y lo mismo debe hacer el esposo por su esposa. Salomón y la hija de Faraón dominaban el arte de hacer esto, como pueden comprobarlo en el Cantar de los Cantares. Por lo tanto cargue con las debilidades de ella, ayúdela en sus enfermedades, hónrela como al vaso más débil y tenga en cuenta la fragilidad de su cuerpo (1 Pedro 3:7).

En resumen, sea tal esposo para su esposa creyente que ella pueda decir que Dios no sólo le ha dado marido, sino un esposo que demuestra todos los días la conducta de Cristo hacia su iglesia.

Segundo, si su esposa es inconversa o carnal, también tiene un deber que cumplir, que está obligado a cumplir por dos razones: 1. Porque corre el peligro continuo de la condenación eterna. 2. Porque es su esposa la que está en esta condición impía.

¡Oh! ¡qué poco sentido del valor de las almas hay en el corazón de algunos maridos, que manifiestan una conducta poco cristiana hacia sus esposas y delante de ellas! Ahora bien, si quiere tener las cualidades de una conducta apropiada:

1. Piense seriamente en el estado desgraciado de ella, a fin de que su corazón anhele la salvación de su alma.
2. Cuídese de que debido a una conducta incorrecta suya, no tenga ella ocasión de justificar sus propias impiedades. Y aquí necesita ser doblemente diligente, porque ella reposa en su seno y, por lo tanto, puede percibir aun la falta más pequeña en usted.
3. Si ella se comporta indebida o incontrolablemente, como bien puede ser porque vive sin Cristo y sin su gracia, entonces esfuércese por vencer la maldad de ella con su propia bondad, los infortunios de ella con su propia paciencia y mansedumbre. Es una vergüenza para usted, que vive bajo otros principios, comportarse como ella.
4. Aproveche las oportunidades para convencerla. Observe su estado de ánimo, y cuando parece bien predispuesta, hágale a su corazón.
5. Cuando hable, hágalo con propósito. No es necesario decir muchas palabras, sólo las pertinentes. Job en pocas palabras responde a su esposa, y la desvía de sus palabras necias: “Y él le dijo: Como suele hablar cualquiera de las mujeres fatuas, has hablado. También recibimos el bien de Dios, ¿y el mal no recibiremos?” (Job 2:10).
6. Haga todo sin amargura y sin la menor apariencia de enojo: “Que con mansedumbre corrija a los que se oponen: si quizá Dios les dé que se arrepientan para conocer la verdad, y se zafen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Tim. 2:25, 26). “Porque ¿de dónde sabes, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido?” (1 Cor. 7:16).

EL DEBER DE LAS ESPOSAS.

Pasando del padre de familia como cabeza, diré una palabra o dos a los que están bajo su cuidado.

Y, primero, a la esposa: Por ley, la esposa está sujeta a su marido mientras viva el marido (Rom. 7:2). Por lo tanto, ella también tiene su obra y lugar en la familia, al igual que los demás.

Ahora bien, hay que considerar las siguientes cosas con respecto a la conducta de una esposa hacia su marido, las cuales ella debe cumplir conscientemente.

Primero, que lo considere a él como su cabeza y señor. “El varón es la cabeza de la mujer” (1 Cor. 11:3). Y Sara llamó señor a Abraham (1 Pedro 3:6).

Segundo, en consecuencia, ella debe estar sujeta a él, como corresponde en el Señor. El apóstol dice: “Vosotras, mujeres, sed sujetas a vuestros maridos” (1 Ped. 3:1; Col. 3:18; Ef. 5:22). Ya se los he dicho, que si el esposo se conduce con su esposa como corresponde, será el cumplimiento de tal ordenanza de Dios a ella que, además de su relación de esposo, le predicará a ella la conducta de Cristo hacia su iglesia. Y ahora digo también que la esposa, si ella anda con su esposo como corresponde, estará predicando la obediencia de la iglesia a su marido. “Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo” (Ef. 5:24). Ahora bien, para llevar a cabo esta obra, primero tiene usted que evitar los siguientes males.

1. El mal de un espíritu errante y chismoso es malo en la iglesia, y es malo también en una esposa que es la figura de la iglesia. A Cristo le encanta que su esposa esté en casa; es decir, que esté con él en la fe y práctica de sus cosas, no andando por allí metiéndose con las cosas de Satanás; de la misma manera, las esposas no deben andar fuera de su casa chismoseando. Usted sabe que Proverbios 7:11 dice: “Alborotadora y rencillosa, sus pies no pueden estar en casa.” Las esposas deben estar atendiendo los negocios de sus propios maridos en casa; como dice el apóstol, deben “ser templadas, castas, que tengan cuidado de la casa, buenas, sujetas a sus maridos.” ¿Y por qué? Para que de otra manera “la palabra de Dios no sea blasfemada (Tito 2:5).

2. Cuídese de una lengua ociosa, charlatana o contenciosa. Es también odioso que sirvientas o esposas sean como loros que no controlan su lengua; la esposa debe saber, como lo he dicho antes, que su esposo es su señor y que está sobre ella, como Cristo está sobre la iglesia. ¿Le parece que es impropio que la iglesia *parlotee* contra su esposo? ¿No

debe guardar silencio ante él, y poner por obra sus leyes en lugar de sus propias ideas? ¿Por qué, según el apóstol, debe conducirse así con su esposo? “La mujer aprenda,” dice Pablo, “en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni tomar autoridad sobre el hombre, sino estar en silencio” (1 Tim. 2:11, 12). Es impropio ver a una mujer, aunque más no sea una sola vez en toda su vida, tratar de sobrepasar a su marido; debe en todo estar sujeta a él y hacer todo lo que hace como si hubiera obtenido la aprobación, la licencia y la autoridad de él. Y ciertamente, en esto radica su gloria, permanecer bajo él, tal como la iglesia permanece bajo Cristo: Entonces, abrirá “su boca con sabiduría: y la ley de clemencia está en su lengua” (Prov. 31:26).

3. No use ropa inmodesta ni camine de un modo seductivo; hacerlo es malo tanto fuera como dentro de casa; afuera, no sólo será un mal ejemplo, sino que también provocará la tentación de la concupiscencia y la lascivia; y en casa es ofensivo para el marido piadoso, y contagioso para los hijos impíos, etc. Por lo tanto, como dice el apóstol, la ropa de las mujeres sea modesta, como conviene a mujeres que profesan piedad con buenas obras, “no con cabellos encrespados, u oro, o perlas, o vestidos costosos” (1 Tim. 2:9, 10). Y tal como vuelve a decir: “El *adorno* de las cuales no sea exterior con encrespamiento del cabello, y atavío de oro, ni en compostura de ropas; sino el hombre del corazón que está encubierto, en incorruptible *ornato* de espíritu agradable y pacífico, lo cual es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en el tiempo antiguo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, siendo sujetas a sus maridos” (1 Pedro 3:3-5).

Pero no piense que por la sujeción que he mencionado, opino que las mujeres deben ser esclavas de sus maridos. Las mujeres son socios de sus maridos, su carne y sus huesos; y no hay hombre que odie su propia carne, o que la resienta (Ef. 5:29). Por lo tanto, todos los hombres amen “también a su mujer como a sí mismo; y la mujer reverencie a su marido” (Ef. 5:33). La esposa es cabeza después de su marido, y debe mandar en su ausencia; sí, en su presencia debe guiar la casa, criar sus hijos, siempre y cuando lo haga de manera que no dé al adversario ocasión de reproche (1 Tim. 5:10, 13). “Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepuja largamente a la de piedras preciosas. La mujer graciosa tendrá honra. y conduce sus asuntos con discreción” (Prov. 31:10; 11:16; 12:4).

Objeción: Pero mi marido es inconverso, ¿qué puedo hacer?

Respuesta: En este caso, lo que he dicho antes se aplica con más razón. Porque, 1. Debido a esta condición, su esposo estará atento para aprovechar sus deslices y debilidades con el fin de echárselo en cara a Dios y a su Salvador. 2. Es probable que interprete de la peor manera cada una de sus palabras, acciones y gestos. 3. Y todo esto tiende a endurecer más su corazón, sus prejuicios y su oposición a su propia salvación; por lo tanto, como dice Pedro: “Vosotras, mujeres, sed sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conversación de sus mujeres, considerando vuestra casta conversación, que es en temor” (1 Pedro 3:1, 2). La salvación o la condenación de su marido depende mucho de su buena conducta delante de él; por lo tanto, si teme a Dios, o si ama a su marido, procure, por medio de su comportamiento lleno de mansedumbre, modestia, santidad y humildad delante de él, predisponerlo a querer su propia salvación; y haciendo esto, “Porque ¿de dónde sabes, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido?” (1 Cor. 7:16).

Objeción: Pero mi marido no sólo es inconverso sino que es un contencioso, malhumorado y cascarrabias, sí, tan contencioso, que no sé cómo hablarle ni cómo comportarme en su presencia.

Respuesta: Es cierto que algunas esposas viven en una verdadera esclavitud en razón de sus esposos impíos; y como tales deben inspirar lástima y oraciones a su favor, de manera que sean tanto más cuidadosas y circunspectas en todo lo que hacen.

1. Por lo tanto, sea muy fiel a él en todas las cosas de esta vida.

2. Sea paciente con su conducta desenfadada e inconversa; usted está viva, él está muerto; usted está bajo la gracia, él bajo el pecado. Ahora, entonces, teniendo en cuenta que la gracia es más fuerte que el pecado y la virtud que lo vil, no se deje vencer por su vileza, en cambio, vénzala con sus virtudes (Rom. 12:12:21). Es una vergüenza que los que viven bajo la gracia sean tan parleros, etc. como los que no la tienen: “El que tarde se aira, es grande de entendimiento: *mas el* corto de espíritu engrandece el desatino” (Prov. 14:29).

3. Si en algún momento desea hablar a su esposo para convencerle acerca de algo, sea bueno o malo, sepa discernir el momento propicio: Hay “tiempo de callar, y tiempo de hablar” (Ecl. 3:7). Ahora bien, con respecto a encontrar el momento propicio:

(1.) Considere su estado de ánimo; y acérquese a él en el momento que más lejos esté de esas sucias pasiones que la afligen. Abigail no quiso decirle ni una palabra a su esposo ebrio hasta que se le pasara el efecto del vino y estuviera sobrio (1 Sam. 25:36, 37). No hacer caso de esta observación es la razón por la que se habla mucho y se logra poco.

(2.) Háblele en esos momentos cuando el corazón de él se siente atraído a usted, y cuando da muestras de su cariño y de lo complacido que se siente con usted. Esto es lo que hizo Ester con su marido el rey, y prevaleció (Ester 5:3, 6; 7:1, 2).

(3.) Esté atenta para notar cuándo las convicciones despiertan su conciencia, y sígalas con dichos profundos y certeros de las Escrituras. En forma parecida trató la esposa de Manoa a su esposo (Jue. 13:22, 23). Aun entonces:

(a) Sean pocas sus palabras.

(b) Y ninguna de ellas disfrutando cuando puede echarle en cara algo; en cambio diríjase aun a él como su cabeza y señor, con ruegos y súplicas.

(c) Y todo en tal espíritu de comprensión y un corazón tan lleno de afecto por su bien, que su forma de hablar y su conducta al hablarle le sea claro a él que habla por cariño, que es sensible a la desdicha de él y que su alma está inflamada del anhelo de que sea salvo.

(d) Y apoye sus palabras y su conducta con oraciones a Dios a favor de su alma.

(e) Manteniendo usted una conducta santa, casta y modesta ante él.

Objeción: Pero mi esposo es estúpido, un necio que no tiene la inteligencia suficiente para desenvolverse en este mundo.

Respuesta: 1. Aunque todo esto sea cierto, tiene que saber que él es su cabeza, su señor y su esposo.

2. Por lo tanto no quiera ejercer su autoridad sobre él. Él no fue hecho para usted, para que usted tenga dominio sobre él, sino para ser su esposo y ejercer su autoridad sobre usted (1 Tim. 2:12; 1 Cor. 11:3, 8).

3. Por lo tanto, aunque en realidad tenga usted más discernimiento que él, debe saber que usted, y todo lo que es de usted, debe ser usado bajo su esposo; “en todo” (Ef. 5:24).

Cuídese, entonces, de que lo que usted hace no aparezca bajo su nombre, sino bajo el de él; no para su propia exaltación, sino para la de él; haciendo todo de modo que por su destreza y prudencia, nadie pueda ver ni una de las debilidades de su esposo: “La mujer virtuosa corona es de su marido: mas la mala, como carcoma en sus huesos.” Porque entonces, como dice el sabio, le dará “bien y no mal, todos los días de su vida” (Prov. 12:4; 31:12).

4. Por lo tanto actúe como si estuviera, y de hecho esté, bajo el poder y la autoridad de su marido.

Ahora tocante a su conducta con sus hijos y sirvientes. Usted es una madre y la señora de su casa, y debe comportarse como tal. Y además, al considerar a la mujer creyente como una figura de la iglesia, debe, como la iglesia, nutrir y enseñar a sus hijos, sus sirvientes y, como la iglesia, también dar razón de sus acciones; y ciertamente, al estar la esposa siempre en casa, tiene una gran ventaja en ese sentido; por lo tanto, hágalo y el Señor prosperará su quehacer.

DEBERES DE LOS PADRES HACIA LOS HIJOS.

Si usted es padre de familia, un padre o una madre, entonces debe considerar su llamado como tal.

Sus hijos tienen almas, y tienen que nacer de Dios al igual que usted, o de otra manera perecerán. Y sepa también que, a menos de que sea usted muy circunspecto en su conducta hacia ellos y en la presencia de ellos, pueden perecer por culpa de usted: lo cual debe impulsarles a instruirlos y también a corregirlos.

Primero, instruirlos como dice la Escritura y “criarlos en disciplina y amonestación del Señor,” y hacer esto diligentemente “estando en tu casa,... y al acostarte, y cuando te levantes” (Ef. 6:4; Deut. 6:7).

A fin de hacer esto con propósito:

1. Hágalo usando términos y palabras fáciles de entender; evite expresiones elevadas, porque estas ahogaría a sus hijos. De esta manera habló Dios a sus hijos (Ose. 12:10) y Pablo a los suyos (1 Cor. 3:2).

2. Tenga cuidado de no llenarles la cabeza de caprichos y nociones que de nada aprovechan, porque esto les enseña a ser descarados y orgullosos en lugar de sobrios y humildes. Por lo tanto, explíqueles el estado natural del hombre; converse con ellos acerca del pecado, la muerte y el infierno; de un Salvador crucificado, y la promesa de vida a través de la fe: “Instruye al niño en su carrera: aun cuando fuere viejo no se apartará de ella” (Prov. 22:6).

3. Tiene que ser muy suave y paciente siempre que les enseña, para que “no se hagan de poco ánimo” (Col. 3:21).
Y,

4. Procure convencerlos por medio de una conversación responsable, que lo que usted les enseña no son fábulas sino realidades; sí, y realidades tan superiores a las que disfrutamos aquí que, aun si todas las cosas fueran mil veces mejor de lo que son, no podrían compararse con la gloria y el valor de estas cosas.

Isaac era tan santo ante sus hijos, que cuando Jacob recordaba a Dios, recordaba que era el “temor de Isaac su padre” (Gén. 31:53).

¡Ah! Cuando los hijos pueden pensar en sus padres y bendecir a Dios por su enseñanza y el bien que de ellos recibieron, esto no sólo es provechoso para los hijos, sino también honorable y reconfortante para los padres: “Mucho se alegrará el padre del justo: y el que engendró sabio se gozará con él” (Prov. 23:24, 25).

Segundo, el deber de corregir.

1. Con sus palabras serenas, procure apartarlos del mal. Ese es el modo como Dios trata a sus hijos (Jer. 25:4, 5).

2. Cuando los reprenda, sean sus palabras sobrias, escasas y pertinentes, con el agregado de algunos versículos bíblicos pertinentes; por ejemplo, si mienten, pasajes como Apocalipsis 21:8, 27. Si se niegan a escuchar la palabra, pasajes como 2 Crónicas 25:14-16.

3. Vigíelos, que no se junten con compañeros groseros e impíos; muéstreles con sobriedad un constante desagrado por su mal comportamiento; rogándoles tal como en la antigüedad Dios rogara a sus hijos: “No hagáis ahora esta cosa abominable que yo aborrezco” (Jer. 44:4).

4. Mezcle todo esto con tanto amor, compasión y compunción de espíritu, de modo que, de ser posible, sepan que a usted no le desagradan ellos mismos como personas, sino que le desagradan sus pecados. Así se conduce Dios (Sal. 99:8).

5. Procure con frecuencia hacer que tomen conciencia del día de su muerte y del juicio que vendrá. Así también se conduce Dios con sus hijos (Deut. 32:29).

6. Si tiene que hacer uso de la vara, hágalo cuando esté calmado, y muéstreles juiciosamente: (1.) su falta; (2.) cuánto le duele tener que tratarlos de este modo; (3.) y que lo que hace, lo hace en obediencia a Dios y por amor a sus almas; (4.) Y dígales que si otro medio mejor hubiera sido suficiente, nada de esta severidad hubiera ocurrido. Esto, lo sé por experiencia, será la manera de afligir sus corazones tanto como sus cuerpos; y debido a que es la manera como Dios corrige a los suyos, es muy probable que logre su fin.

7. Finalice todo esto con una oración a Dios a favor de ellos, y deje la cuestión en sus manos “La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la hará alejar de él” (Prov. 22:15).

Por último, tenga en cuenta estas *advertencias*:

1. Cuídese de que las faltas por las cuales disciplina a sus hijos no las hayan aprendido de usted. Muchos niños aprenden de sus padres la maldad por las cuales los castigan corporalmente y disciplinan.

2. Cuídese de ponerles buena cara cuando cometen faltas pequeñas, porque dicha conducta hacia ellos será un aliento para que cometan otras más grandes.

3. Cuídese de usar palabras desagradables e impropias cuando los castiga, como ser insultos, groserías y cosas similares: esto es satánico.

4. Cuídese de acostumbrarlos a regaños y amenazas mezclados con liviandad y risas; esto endurece. No hable mucho, ni con frecuencia, sino sólo lo que es apropiado para ellos con toda sobriedad.

DEBERES DE LOS HIJOS HACIA LOS PADRES.

Los hijos tienen un deber hacia sus padres que bajo la ley de Dios y la naturaleza deben cumplir a conciencia. “Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres; porque esto es justo.” Y también “Hijos, obedeced a *vuestros* padres en todo; porque esto agrada al Señor” (Ef. 6:1; Col. 3:20).

Estas son las cosas en las que los hijos deben dar a sus padres la honra que merecen.

Primero, deben siempre considerarlos a ellos mejores que a sí mismos. Observo un espíritu vil en algunos hijos, que miran con desprecio a sus padres, y sus pensamientos con respecto a ellos son despectivos y desdeñosos. Esto es peor que comportarse como un pagano; los que actúan de esta manera tienen el corazón de un perro o una bestia que muerde a los que lo produjeron y a la que les dio vida.

Objeción: Pero mi padre, etc., es ahora pobre, y yo soy rico, y sería disminuirme, o por lo menos un obstáculo para mí, mostrarle el respeto que le mostraría si las cosas fueran distintas.

Respuesta: Le digo que argumenta usted como un ateo o una bestia, y su posición en esto es totalmente opuesta a la del Hijo de Dios (Mar. 7:9-13). Un talento y un poco de la gloria de una mariposa, ¿tienen que convertirlo en un ser que no ayuda y no honra a su padre y a su madre? “El hijo sabio alegra al padre: Mas el hombre necio menosprecia a su madre” (Prov. 15:20). Aunque sus padres se encuentren en la posición más baja y usted en la más alta, él sigue siendo su padre y ella su madre y usted debe tenerlos en alta estima: “El ojo *que* escarnece a *su* padre, y menosprecia la enseñanza de *la* madre, los cuervos lo saquen de la arroyada, y tráguenlo los hijos del águila” (Prov. 30:17).

Segundo, debe demostrar que honra a sus padres con su disposición de ayudarles en lo que necesiten. “Pero si alguna... tuviere hijos, o nietos, aprendan primero a gobernar su casa piadosamente, y a recompensar a sus padres:” dice Pedro, “porque esto es lo honesto y agradable delante de Dios” (1 Tim. 5:4). José observó esta regla con respecto a su pobre padre, aunque él mismo estaba casi a la altura del rey de Egipto (Gén. 47:12; 41:39-44).

Además, note que deben “recompensar a sus padres”. Hay tres cosas por las cuales, mientras viva, estará en deuda con sus padres.

1. Por estar en este mundo. De ellos, directamente bajo Dios, recibió usted vida.
2. Por su cuidado para preservarlo cuando usted no podía hacer nada por sí mismo, no podía cuidarse ni encargarse de sí mismo.
3. Por los esfuerzos que hicieron para criarlo. Hasta que no tenga usted hijos propios, no podrá comprender los esfuerzos, desvelos, temores, tristezas y aflicciones que han sufrido para criarlo; y cuando lo comprenda, será difícil sentir que ya los ha recompensado por todo lo que hicieron por usted. ¿Cuántas veces han saciado su hambre y arropado su desnudez? ¿Qué esfuerzos han hecho a fin de que tuviera usted los medios para vivir y triunfar aun cuando ya hayan muerto? Es posible que se hayan privado de alimento y vestido y que se hayan empobrecido para que usted pudiera vivir como un hombre. Es su deber, como hombre, considerar estas cosas y hacer su parte para recompensarlos. Las Escrituras así lo afirman, la razón así lo afirma y sólo los perros y las bestias pueden negarlo. Es deber de los padres cuidar a sus hijos, y el deber de los hijos recompensar a sus padres.

Tercero, por lo tanto, con una conducta humilde y filial demuestre que usted hasta este día, recuerda con todo su corazón el amor de sus padres. Todo esto sobre la obediencia a los padres en general.

También, si sus padres son piadosos y usted es impío, como lo es si no ha pasado por la segunda obra o el nacimiento de Dios, debe considerar que con más razón debe respetar y honrarlos, no sólo como padres en la carne, sino como padres piadosos; su padre y madre han sido designados por Dios como sus maestros e instructores en el camino de justicia. Por lo tanto, como dijera Salomón; “Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre, y no dejes la enseñanza de tu madre: Atalos siempre en tu corazón, enlázalos a tu cuello” (Prov. 6:20, 21).

Ahora, le insto que considere esto:

1. Que ésta ha sido siempre la práctica de los que son y han sido hijos obedientes; sí, de Cristo mismo para con José y María, aun cuando él mismo era Dios bendito para siempre (Luc. 2:51).
2. Con el fin de dejarlo estupefacto, tiene usted también los juicios severos de Dios sobre los que han sido desobedientes. Como, (1.) Ismael, por haberse burlado de un hecho bueno de su padre y madre se vio privado tanto de la herencia de su padre como del reino de los cielos, y eso con la aprobación de Dios (Gén. 21:9-14; Gál. 4:30). (2.) Ophni y Phinees, por rechazar el buen consejo de su padre, provocaron la ira del gran Dios y lo convirtieron en su

enemigo; “Mas ellos no oyeron la voz de su padre, porque Jehová los quería matar” (1 Sam. 2:23-25). (3.) Absalón fue linchado, por decirlo así, por Dios mismo, porque se había rebelado contra su padre (2 Sam. 18:9).

Además, ¡qué poco sabe usted del dolor que significa para sus padres pensar que puede estar condenado! ¿Cuántos suspiros, oraciones y lágrimas habrán brotado en su corazón por esta razón? ¿Cuánto gimió Abraham por Ismael? Le dijo a Dios: “Ojalá Ismael viva delante de ti” (Gén. 17:18). ¿Cuánto sufrieron Isaac y Rebeca por el mal comportamiento de Esaú? (Gén. 26:34, 35). ¿Y con cuánta amargura lloró David a su hijo que había muerto en su maldad? (2 Sam. 18:32, 33).

Por último, ¿es posible imaginar otra cosa que el hecho de que estos suspiros, oraciones, etc. de sus piadosos padres sólo aumentarán sus tormentos en el infierno si muere en sus pecados?

Por otro lado, si sus padres y usted son piadosos, ¿no es esto una felicidad? ¿Cuánto debe regocijarse porque la misma fe mora tanto en sus padres como en usted? Su conversión, posiblemente, sea el fruto de los gemidos y oraciones de sus padres a favor de su alma; y no pueden menos que regocijarse; regocíjese con ellos. Así sucedió en el caso de un hijo mencionado en la parábola: “Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido: habíase perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse” (Luc. 15:24). Sea el hecho de que sus padres viven bajo la gracia, al igual que usted, motivo para proponerse más decididamente a honrarlos, reverenciarlos y obedecerles.

Ahora está en mejores condiciones para considerar los desvelos y el cuidado que sus padres le han brindado, tanto a su cuerpo como a su alma; por lo tanto esfuércese por recompensarlos. Usted tiene la fortaleza para responder en cierta medida al mandamiento: por lo tanto, no lo descuide. Es doble pecado el que un hijo creyente no recuerde el mandamiento, sí, el primer mandamiento con promesa (Ef. 6:1, 2). Cuídese de no decirles a sus padres ni una palabra brusca, ni de comportarse indebidamente con ellos.

Nuevamente, si usted es piadoso y sus padres son impíos, como tristemente sucede con frecuencia, entonces:

1. Ansíe su salvación, ilos que se van al infierno son sus padres!

2. Lo mismo que dije antes a la esposa, tocante a su esposo inconverso, le digo ahora a usted: Cuídese de un lengua que habla ociosidades, hábleles con sabiduría, mansedumbre y humildad; atiéndalos fielmente sin quejarse; y reciba, con la modestia de un niño, sus reproches, sus quejas y hablar impío. Esté atento a fin de percibir las oportunidades para hacerles ver su condición. ¡Oh! ¡Qué felicidad sería si Dios usara a un hijo para traer a su padre a la fe! Entonces el padre ciertamente podría decir: Con el fruto de mi cuerpo Dios ha convertido mi alma. El Señor, si es su voluntad, convierta a nuestros pobres padres a fin de que, junto con nosotros, sean hijos de Dios.

Tomado del folleto “Christian Behavior” [conducta cristiana]. Este texto ha sido modernizado para facilitar su lectura.

John Bunyan (1628-1688): pastor y predicador inglés, y uno de los escritores más influyentes del siglo XVII. Autor preciado de *El Progreso del Peregrino*, *La Guerra Santa*, *El Sacrificio Aceptable* y muchas otras obras. Nacido en Elstow, cerca de Bedford, Inglaterra.

LA SANGRE DEL ROCIAMIENTO Y LOS NIÑOS

C. H. Spurgeon (1834-1892)

“Y Moisés convocó a todos los ancianos de Israel, y díjoles: Sacad y tomaos corderos por vuestras familias, y sacrificad la pascua. Y tomad un manojo de hisopo, y mojadle en la sangre que estará en una jofaina, y untad el dintel y los dos postes con la sangre que estará en la jofaina; y ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana. Porque Jehová pasará hiriendo a los Egipcios; y como verá la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas

para herir. Y guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre. Y será, cuando habréis entrado en la tierra que Jehová os dará, como tiene hablado, que guardaréis este rito. Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué rito es este vuestro? Vosotros responderéis: Es la víctima de la Pascua de Jehová, el cual pasó las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los Egipcios, y libró nuestras casas. Entonces el pueblo se inclinó y adoró” –Éxodo 12:21-27

EL cordero pascual era un prototipo especial de nuestro Señor Jesucristo. No deducimos esto por el hecho general de que todos los sacrificios en la antigüedad eran una sombra de la sustancia única y verdadera; sino que el Nuevo Testamento nos asegura que “nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros” (1 Cor. 5:7). Así como el cordero pascual no debía tener mancha, tampoco la tenía nuestro Señor, y la muerte y asado al fuego de aquel cordero tipifica su muerte y sufrimiento. Aun con respecto al tiempo, nuestro Señor fue el cumplimiento del prototipo, porque su crucifixión sucedió en la pascua. Así como el sello deja su impresión, el sacrificio de nuestro Señor coincide con todos los elementos de la ceremonia pascual. Lo vemos “separado” de entre los hombres, y llevado como un cordero al matadero; vemos su sangre derramada y rociada; lo vemos ardiendo en el fuego de la angustia; por fe nos alimentamos de él y damos sabor al banquete con las hierbas amargas de la penitencia. Vemos a Jesús y la salvación donde el ojo carnal sólo ve un cordero sacrificado y a un pueblo salvado de la muerte.

El Espíritu de Dios en la ceremonia pascual enfatiza de manera especial *el rociar la sangre*. Aquello a lo que los hombres tanto se oponen, él diligentemente presenta como la cabeza y el frente de la revelación. La sangre del cordero escogido se recogía en un tazón y no se derramaba en el suelo desperdiándola; porque la sangre de Cristo es preciosísima. En este o tazón con sangre se mojaba un manojo de hisopo. Los ramilletes de ese pequeño arbusto retenían las gotas carmesí de modo que pudieran ser rociadas con facilidad. Luego el padre de familia iba afuera y golpeaba el dintel y los dos postes a los costados de la puerta con el hisopo, y de esta manera la casa quedaba marcada con rayas carmesí. No se ponía sangre en el umbral. ¡Ay del hombre que pisotea la sangre de Cristo y la trata como una cosa impura! ¡Ay! Me temo que muchos lo están haciendo en esta hora, no sólo los que andan en el mundo, sino también los que profesan a Cristo y se llaman cristianos a sí mismos.

Procuraré presentar dos cosas. Primero, la importancia que *se adjudica a la sangre rociada*, y, segundo, la *institución relacionada con ella*, principalmente, que los niños deben recibir instrucción con respecto al significado del sacrificio a fin de que ellos a su vez lo enseñen a sus hijos, y mantengan vivo el recuerdo de la gran liberación que obró el Señor.

I. Primero, **LA IMPORTANCIA QUE SE ADJUDICA A LA SANGRE ROCIADA** resulta muy claro aquí. Se nota un esfuerzo especial para que el sacrificio sea visto, sí, para obligar a toda la gente a verlo.

Observo, primero, que se convirtió en la *marca nacional y la siguió siendo*. Si hubiera usted recorrido las calles de Menfis o Rameses la noche de Pascua, hubiera podido identificar quiénes eran los israelitas y quiénes los egipcios por una marca conspicua. No hubiera tenido que esconderse debajo de la ventana a fin de escuchar lo que se hablaba en la casa, ni esperar a que alguien saliera a la calle para poder observar su vestimenta. Esta señal sola sería indicación suficiente –el israelita tenía la marca de sangre en su puerta, el egipcio no. Téngalo por seguro, éste sigue siendo el gran punto de diferencia entre los hijos de Dios y los hijos del maligno. Existen, en realidad, dos denominaciones sobre esta tierra –la iglesia y el mundo; aquellos que son justificados en Cristo Jesús y aquellos que están condenados en sus pecados. Esto será la señal que nunca falla del “verdadero israelita”; él ha acudido a la sangre rociada, que manifiesta cosas mejores que las de Abel. El que cree en el Hijo de Dios, como el único sacrificio aceptado por el pecado, tiene salvación, y el que no cree en él morirá en sus pecados. La verdadera Israel confía en el sacrificio ofrecido una vez por el pecado; es su descanso, su consuelo, su esperanza. En cuanto a los que no confían en el sacrificio expiatorio, han rechazado el consejo de Dios en su contra, declarando de esta manera su verdadero carácter y condición. Jesús dijo: “No creéis, porque no sois de mis ovejas, como les he dicho”, y la falta de fe en el derramamiento de sangre, sin el cual no hay remisión de pecado, es la marca de condenación de aquel que es un extraño para la congregación de Israel. No lo dudemos: “Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios” (Vea 2 Juan 9, en la Versión Revisada.) Aquel que no acepta la propiciación que Dios ha establecido tiene que cargar con su propia iniquidad. No obstante, nada más justo, nada más terrible puede sucederle a tal hombre que el hecho de que su iniquidad no sea purgada eternamente por ningún sacrificio ni ninguna ofrenda. Si rechaza a su Hijo, no importa cual sea su supuesta justicia, ni cómo piensa encomendarse a Dios, él lo rechazará a usted. Si acude ante Dios sin la sangre

expiatoria, y no está incluido en la herencia del pacto, entonces no se cuenta entre el pueblo de Dios. El sacrificio es la marca nacional de la Israel espiritual, y el que no la tiene es un extraño; no tendrá herencia entre los santificados, ni verá al Señor en gloria.

En segundo lugar, así como esto era una *marca nacional*, era también la señal salvadora. Aquella noche el Ángel de la Muerte extendió estruendosamente sus alas y voló descendiendo sobre las calles de Egipto para herir a los poderosos y a los humildes, a los príncipes primogénitos y a los primogénitos de las bestias, de modo que en cada casa y en cada establo alguno moría. Donde veía la marca de la sangre, no entraba para herir; pero en los demás lugares la venganza del Señor cayó sobre los rebeldes. Las palabras son extraordinarias: “Pasará Jehová aquella puerta, y no dejará entrar al heridor en vuestras casas para herir.” ¿Qué frena la espada? Ninguna otra cosa que la mancha de sangre en la puerta. No obstante, deseo hacerles notar de manera muy especial, las palabras en el versículo 23: “Porque Jehová pasará hiriendo a los Egipcios; y como verá la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará Jehová aquella puerta.” ¡Qué expresión instructiva! “Como verá la sangre.” Es algo muy reconfortante para usted y para mí contemplar la expiación; porque de esta manera obtenemos paz y descansamos; pero, después de todo, la gran razón de nuestra salvación es que el Señor mismo mira la expiación y, por su justicia, se siente muy complacido. En el versículo 13 escuchamos decir al Señor mismo: “Y verá la sangre y pasará de vosotros.”

La base de nuestra salvación no es el que nosotros veamos la sangre rociada, sino que *Dios* la vea. La aceptación de Cristo por parte de Dios es la garantía segura de la salvación de aquellos que aceptan su sacrificio. Amado, cuando su mirada de fe es opaca, cuando de sus ojos fluyen copiosas lágrimas, cuando la oscuridad del sufrimiento empaña su vista, entonces Jehová ve la sangre de su Hijo, y lo libra a usted. En la densa oscuridad, cuando no puede ver nada, el Señor Dios nunca deja de ver en Jesús lo que mucho le complace y aquello con lo cual la ley se cumple. Él no dejará que el destructor se le acerque y le dañe, porque él ve en Cristo aquello que vindica su justicia y establece la regla de la ley. La sangre es la marca salvadora.

Oh mi oyente, culpable y autocondenado, si acude ahora y confía en Jesucristo, sus pecados, que son muchos, serán perdonados, y amaré usted tanto a cambio, que todas las inclinaciones y los prejuicios de su mente se transformarán de pecado a una obediencia llena de gracia.

Note, a continuación, que *la marca de la sangre se colocó de la manera más conspicua posible*. Los israelitas, aunque comieron el cordero pascual en la quietud de sus propias familias, el sacrificio no era ningún secreto. No pusieron la marca indicadora en la pared de una habitación interior, ni en algún lugar donde la podían cubrir con cuadros a fin de que nadie los viera; sino que golpearon la parte superior de la entrada y los dos postes a los costados de la puerta, a fin de que todo el que pasaba frente a la casa podía ver que estaba marcada de un modo peculiar; y marcada con sangre. El pueblo del Señor no se avergonzó de poner en esta forma la sangre en el frente de cada vivienda: y los que son salvos por el gran sacrificio no deben tratar la doctrina de substitución como una creencia que se guarda en un rincón, para tener en secreto, que no confiesa en público. No debemos avergonzarnos de hablar en ninguna parte de la muerte de Jesús en nuestro lugar como nuestra redención. Está pasada de moda y es anticuada, dicen nuestros críticos; pero no nos avergonzamos de anunciarla a los cuatro vientos, y de confesar nuestra confianza en ella. El que se avergüenza de Cristo en esta generación, Cristo se avergonzará cuando venga en la gloria de su Padre acompañado de todos sus santos ángeles. Cunde una teología en el mundo que admite la muerte de Cristo en algún lugar indefinido de su sistema, pero ese lugar es una posición muy inferior: Yo reclamo para la expiación el frente y el centro, el Cordero debe estar en medio del trono.

El gran sacrificio es el lugar de reunión para la semilla escogida: nos reunimos ante la cruz, al igual como cada familia israelita se reunió alrededor de la mesa donde se había colocado el cordero, y dentro de la casa marcada con sangre. En lugar de considerar el sacrificio vicario como algo muy lejano, lo consideramos como el centro de la iglesia. No, aún más, es de tal manera el centro vital, totalmente esencial, que quitarlo es arrancar el corazón de la iglesia. La congregación que ha rechazado el sacrificio de Cristo no es una iglesia, sino una asamblea de inconversos. Acerca de la iglesia puedo decir ciertamente: “La sangre es su vida”. Al igual que de la doctrina de justificación por fe, de la doctrina de un sacrificio vicario dependerá el éxito o el fracaso a cada iglesia: la expiación por el sacrificio sustituto de Cristo significa vida espiritual, y rechazarla es lo opuesto. Por lo tanto, nunca debemos avergonzarnos de esta verdad tan importante, sino hacerla lo más conspicua posible. “Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; mas a los que se salvan,... es potencia de Dios.”

Además, la sangre rociada no sólo era muy conspicua, sino que *era muy preciada por el pueblo mismo debido al hecho de que confiaban en ella de la manera más implícita*. Después de que los postes de la puerta habían sido marcados, las familias entraron a sus casas, cerraron la puerta, y no la volvieron a abrir hasta la mañana. Adentro, se ocuparon de asar el cordero, preparar las hierbas amargas, ceñir sus lomos, aprontarse para la marcha, etc. Pero hicieron todo esto sin temor al peligro, aunque sabían que el destructor andaba suelto. El mandato de Dios fue: “ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana.” ¿Qué estaría sucediendo en la calle? No debían salir a ver. La medianoche había llegado. ¿Acaso no lo oyeron? ¡Escuchen ese grito terrible! ¡Otra vez un chillido desgarrador! ¿Qué es? La madre ansiosa pregunta: “¿Qué será?” “Y había un gran clamor en Egipto.” Los israelitas no debían hacer caso a ese clamor ni quebrantar la orden divina que los encerró por un momentito, hasta que hubiera pasado la tormenta. Quizá las personas que dudaron durante esa noche terrible habrán dicho: “Está sucediendo algo terrible. ¡Escuchen esos gritos! Escuchen el pisoteo de la gente en las calles, en su apresurado ir y venir! Quizá esto sea una conspiración para matarnos en la oscuridad de la noche.” “Ninguno de vosotros salga de las puertas de su casa hasta la mañana” fue suficiente para todos los que realmente creían. Estaban a salvo y lo sabían, y, entonces, como los polluelos bajo las alas de la gallina, descansaron a salvo de todo mal. Amados, hagamos lo mismo. Honremos la sangre preciosa de Cristo no sólo hablando valientemente de ella a los demás, sino confiando tranquila y felizmente en ella. Descansemos totalmente seguros. ¿Cree usted que Jesús murió por usted? Entonces, esté en paz.

Notemos a continuación, que el derramamiento de *sangre pascual debía mantenerse como un recordatorio eterno*. “Y guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre.” Mientras Israel siguiera siendo un pueblo, debían observar la pascua: mientras hay un cristiano sobre la tierra, la muerte sacrificial del Señor Jesús debe ser recordado. Ni el correr de los años ni el progreso de su pensamiento podía quitarle a Israel el recuerdo del sacrificio pascual. Era verdaderamente una noche para recordar aquella en que el Señor librara a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Fue una liberación tan maravillosa, incluyendo las plagas que la precedieron y el milagro en el Mar Rojo que la siguió, que ningún evento puede excederlo en interés y gloria. Amados, debemos declarar y dar testimonio de la muerte de nuestro Señor Jesucristo hasta que él venga. Nunca se podrá descubrir una verdad que le dé sombra a su muerte sacrificial. Ocurra lo que ocurra, aunque venga en las nubes del cielo, nuestro canto será eternamente: “Al que nos amó y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre.” En medio del esplendor de su reinado sin fin será “el Cordero que está en medio del trono”. Cristo como el sacrificio por el pecado será siempre el tema de nuestros aleluyas: “Fuiste herido.” En cuanto a nosotros, escuchamos que el Señor nos dice: “Y guardaréis esto por estatuto para vosotros y para vuestros hijos para siempre” y así lo haremos. “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” es nuestro orgullo y gloria. Dejemos que otros vayan por donde quieran, nosotros permaneceremos en él quien cargó con nuestros pecados en su propio cuerpo en la cruz.

Noten ahora, queridos amigos, que cuando el pueblo entró en la tierra donde no había entrado jamás ningún egipcio, siguieron recordando la pascua. “Y será, cuando habréis entrado en la tierra que Jehová os dará, como tiene hablado, que guardaréis este rito.” En la tierra que fluía leche y miel se seguiría recordando la sangre rociada. Nuestro Señor Jesús no es sólo para el primer día en que nos arrepentimos, sino para todos los días de nuestra vida: lo recordamos tanto en medio de nuestros más grandes gozos espirituales como en nuestras más profundas tristezas. El cordero pascual es para Canaán tanto como para Egipto, y el sacrificio por el pecado es para nuestra seguridad total tanto como para nuestra temblorosa esperanza. Usted y yo nunca lograremos un estado de gracia tal que podamos prescindir de la sangre que limpia el pecado.

Además, hermanos, quiero que noten bien que este *rociamiento de la sangre debía ser un recuerdo que saturaba todo*. Reflexione en este pensamiento: los hijos de Israel no podían salir de ni entrar a sus casas sin el recuerdo de la sangre rociada. Estaba sobre sus cabezas; debían pasar por debajo de ella. Estaba a la derecha y a la izquierda: estaban rodeados de ella. Casi podían decir también: “¿adónde nos esconderemos de tu presencia?” Ya sea que miraran sus propias puertas, o las de sus vecinos, allí estaban las tres rayas. Y esto no era todo; cuando dos israelitas se casaban, y se ponía el fundamento de la familia, había otro recordatorio. El joven esposo y su esposa tenían el gozo de contemplar a su primogénito, y entonces recordaban lo que el Señor había dicho: “Santifícame todo primogénito”. Como Israelita, le explicaba esto a su hijo, y decía: “Jehová nos sacó con mano fuerte de Egipto, de casa de servidumbre; y endureciéndose Faraón en no dejarnos ir. Jehová mató en la tierra de Egipto a todo primogénito, desde el primogénito humano hasta el primogénito de la bestia: y por esta causa yo sacrifico a Jehová todo primogénito macho, y redimo todo primogénito de mis hijos.” El inicio de cada familia que conformaba la nación israelita era, de esta manera, un recordatorio especial del rociamiento de la sangre.

Hermanos, debemos ver todo en este mundo a la luz de la redención, y entonces veremos correctamente. Es un cambio maravilloso, ya sea que usted considere la providencia desde el punto de vista de los méritos humanos o desde el pie de la cruz. Todas las cosas se ven como realmente son cuando se miran a través del cristal, el cristal carmesí del sacrificio expiatorio. Use este telescopio de la cruz, y verá lejos y claramente; mire a los pecadores a través de la cruz; mire a los santos a través de la cruz; mire el pecado a través de la cruz; mire las alegrías y las tristezas a través de la cruz; mire el cielo y el infierno a través de la cruz. Vea qué conspicua debía ser la sangre de la pascua, y luego aprenda de todo esto a dar importancia al sacrificio de Jesús, sí, a darle la máxima importancia, porque Cristo es todo.

Amados, ahora ven cómo se hizo todo lo posible por colocar la sangre del cordero pascual en una posición de primera prioridad para el pueblo a quien el Señor sacó de Egipto. Ustedes y yo debemos hacer todo lo que se nos ocurra para dar a conocer y mantener siempre ante la vista de los hombres la doctrina preciosa del sacrificio expiatorio de Cristo. Él fue hecho pecado por nosotros aunque no conoció pecado, a fin de que fuéramos hechos la justicia de Dios en él.

II. Y ahora dedicaré un momento a recordarles **LA INSTITUCIÓN QUE SE RELACIONABA CON EL RECORDATORIO DE LA PASCUA**. “Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué rito es este vuestro? Vosotros responderéis: Es la víctima de la Pascua de Jehová.”

Tenemos que despertar la curiosidad de nuestros hijos. ¡Oh, que pudiéramos conseguir que formularan preguntas acerca de las cosas de Dios! Algunos preguntan a muy temprana edad, otros parecen enfermos de la misma indiferencia que los mayores. Tenemos que encarar ambas posturas. Es bueno explicar a los niños la ordenanza de la Cena del Señor, porque muestra simbólicamente la muerte de Cristo. Lamento que los niños no ven esta ordenanza más a menudo. El bautismo y la Cena del Señor debería colocarse a la vista de la nueva generación, a fin de que pudieran preguntarnos; “¿Qué rito es este vuestro?” Ahora bien, la Cena del Señor es un sermón evangelístico perenne, y enfoca principalmente el sacrificio por el pecado. Uno puede eliminar del púlpito la doctrina de la expiación, pero siempre vivirá en la iglesia a través de la Cena del Señor. No se puede explicar el pan partido y la copa llena del jugo del fruto de la vid, sin hacer referencia a la muerte expiatoria de nuestro Señor. No se puede explicar “la comunión del cuerpo de Cristo” sin incluir, de una forma u otra, la muerte de Jesús en nuestro lugar. Deje, pues que sus pequeños vean la Cena del Señor, y explíqueles claramente lo que representa. Y si no en la Cena del Señor —porque esa no es la cuestión en sí, sino sólo la sombra del hecho glorioso— hable mucho y frecuentemente en la presencia de ellos acerca de los sufrimientos y la muerte de nuestro Redentor. Déjelos pensar en Getsemaní, en Gabata y en el Gólgota, y déjelos aprender a cantar canciones de Aquel que dio su vida por nosotros. Cuénteles quién fue el que sufrió y por qué. Sí, aunque no me gustan algunas de las expresiones del himno, yo haría que los niños cantaran—

*“Hay un cerro verde en la lejanía
Sin el muro de la ciudad.”*

Y les haría aprender líneas como éstas:

*“Sabía Jesús lo impío que habíamos sido,
Y que Dios el pecado debe castigar;
Así que por misericordia dijo,
Que el castigo nuestro él habría de cargar.”*

Y cuando el mejor de los temas haya captado su atención, estemos preparados para explicar el gran pacto por medio del cual aun siendo Dios justo, los pecadores reciben justificación. Los niños pueden comprender bien la doctrina del sacrificio expiatorio; su intención fue que fuera el evangelio para los más jóvenes. El evangelio de la sustitución es una cosa simple, aunque es un misterio. No debemos descansar hasta que nuestros pequeños conozcan y confíen en el sacrificio consumado. Este es un conocimiento esencial, y la clave a todas las demás enseñanzas espirituales. Conozcan la cruz nuestros hijos queridos, y habrán comenzado bien. Entre todo lo que aprenden, aprendan a adquirir conocimiento sobre esto, y habrán puesto bien el fundamento.

Esto requiere que usted le enseñe al niño su necesidad de un Salvador. No debe descuidar esta tarea necesaria. No alabe al niño con palabrerías engañosas diciéndole que su naturaleza es buena y que necesita desarrollarla. Dígale que debe nacer de nuevo. No lo aliente con la noción de su propia inocencia, sino muéstrela su pecado. Mencione los pecados infantiles por los cuales tiene una inclinación, y ore que el Espíritu Santo obre una convicción en su corazón y su conciencia. Trate a los niños de la misma manera como trata a los adultos. Sea preciso y honesto con ellos. La religión superficial no es buena ni para el joven ni para el adulto. Estos niños y estas niñas necesitan el perdón por medio de la sangre preciosa tanto como la necesita cualquiera de nosotros. No vacile en explicarle al niño las consecuencias; de otra manera no deseará el remedio. Cuénteles también el castigo del pecado, y adviértale de su terror. Sea tierno, pero sea

veraz. No esconda la verdad del joven pecador, no importa lo terrible que sea. Ahora que ha llegado a la edad en que es responsable de sus decisiones, si no cree en Cristo, le irá mal en aquel gran día. Háblele del Día del Juicio y recuérdale que tendrá que rendir cuentas por las cosas realizadas corporalmente. Trabaje para despertar la conciencia, y ore que Dios el Espíritu Santo obre por intermedio suyo hasta que el corazón se ablande y la mente perciba la necesidad de la gran salvación.

Los niños necesitan aprender la doctrina de la cruz a fin de encontrar una salvación inmediata. Doy gracias a Dios porque en nuestra escuela dominical se cree en la salvación de los niños como niños. ¡Cuántas veces he tenido el gozo de ver a niños y niñas pasar adelante para confesar su fe en Cristo! Y quiero decir nuevamente que los mejores convertidos, los convertidos más sinceros, los convertidos más inteligentes que jamás hemos tenido han sido los pequeños; y, en lugar de carecer de conocimiento de la Palabra de Dios y de las doctrinas de gracia, por lo general hemos descubierto que conocen bien las verdades cardinales de Cristo. Muchos de estos queridos niños han contado con la capacidad de hablar acerca de las cosas de Dios con gran gozo en el corazón y con la fuerza que da la comprensión. Sigán adelante, queridos maestros, y crean que Dios salvará a sus niños. *No se contenten con sembrar principios en sus mentes que posiblemente puedan desarrollar en años venideros; pero trabajen para lograr una conversión inmediata.* Esperen frutos en sus hijos mientras son niños. Oren por ellos a fin de que no se vayan al mundo y caigan en los males del pecado, para luego volver con huesos rotos al Buen Pastor; pero que puedan, por la abundante gracia de Dios, evitar las sendas del destructor y criarse en el redil de Cristo, primero como corderos de su manada y luego como ovejas de su mano.

De una cosa estoy seguro, y esta es que si enseñamos a los niños la doctrina de la expiación en los términos más explícitos, nos estaremos haciendo un favor. A veces tengo la esperanza de que Dios avive su iglesia y la restaure a su fe de antaño por medio de su obra de gracia entre los niños. Si pudiéramos atraer a nuestra iglesia una gran cantidad de jóvenes, ¡cómo aceleraría la sangre perezosa de los letárgicos y soñolientos! Los niños cristianos tienden a mantener viva la casa. ¡Oh, que tuviéramos más de ellos! Si el Señor nos enseñara a enseñar a los niños nos estaríamos enseñando a nosotros mismos. *No hay mejor manera de aprender que enseñando, y no sabe usted alguna cosa hasta poder enseñarla a otro. No sabe totalmente ninguna verdad hasta que no se la haya presentado a un niño de manera que la pueda ver.* Cuando procura que un niño pequeño comprenda la doctrina de la expiación usted mismo obtiene conceptos más claros y, por lo tanto, le recomiendo este ejercicio santo.

¡Qué bendición sería si nuestros hijos estuvieran firmemente cimentados en la doctrina de la redención por medio de Cristo! Si reciben advertencias contra los evangelios falsos de esta edad maligna, y se les enseña a confiar en la roca eterna de la obra consumada por Cristo, *podemos esperar contar con una próxima generación que mantendrá la fe y que será mejor que sus padres.* Las escuelas dominicales son admirables, pero ¿cuál es su propósito si en ellas no se enseña el evangelio? Se junta a los niños y se los mantiene quietos por una hora y media, y luego se les envía a casa, pero ¿de qué sirve? Quizá represente un poco de quietud para sus papás y mamás, y esa es, quizá la razón por la cual los mandan a la escuela dominical; pero el verdadero bien radica en lo que se les enseña a los niños. Lo más prominente debe ser la verdad más fundamental, ¿y cuál es sino la cruz? Algunos les hablan a los niños diciéndoles que deben ser buenos, etc.; es decir, les predicán la ley a los niños aunque predicarían el evangelio a los adultos! ¿Es honesto esto? ¿Es sabio? Los niños necesitan el evangelio, todo el evangelio, el evangelio no adulterado; deben tenerlo, y si son enseñados por el Espíritu de Dios tienen la capacidad de recibirlo como las personas de edad madura. Enseñe a los pequeños que Jesús murió, el justo por los injustos, para acercarnos a Dios. Con mucha, mucha confianza dejo esta obra en las manos de los maestros de esta escuela. No he conocido nunca un grupo de hombres y mujeres cristianos más nobles porque son tan sinceros en su apoyo al evangelio de antaño como ansiosos por ganar almas. Ánimo, mis hermanos y hermanas: el Dios que ha salvado a tantos de sus niños salvará a muchos más de ellos, y sentiremos gran gozo en este Tabernáculo al ver a cientos que acuden a Cristo. ¡Concédele, Dios, en nombre de Cristo! Amén.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): influyente pastor bautista inglés que predicaba a 6.000 personas cada Día del Señor en el Tabernáculo Metropolitano en Londres. El predicador más leído de la historia (aparte de los que se encuentran en las Escrituras). En la actualidad, hay en circulación más material escrito por Spurgeon que por ningún otro autor cristiano del pasado y del presente. Nació en Kelvedon, Essex.

EDUQUE A LOS NIÑOS PARA CRISTO

(Autor desconocido)

LA Iglesia del Señor Jesucristo fue instituida en este mundo pecador para procurar su conversión. Hace mil ochocientos años recibió el mandato: “Predicad el evangelio a toda criatura.” Debe su tiempo, talentos y recursos a su Señor, para cumplir su propósito. No obstante, “todo el mundo está puesto en maldad.” Pocos, comparativamente hablando, han oído “el nombre de Jesús”; “que hay un Espíritu Santo” o que existe un Dios que gobierna en la tierra.

En esta condición moral que afecta a este mundo, los amigos de Cristo han de considerar seriamente las preguntas: “¿No tenemos algo más que hacer? ¿No hay algún gran deber que hemos pasado por alto; algún pacto que hemos hecho con nuestro Señor, que no hemos cumplido?” *Encontramos la respuesta si observamos a los hijos de padres cristianos, quienes han profesado dedicar todo a Dios pero que, mayormente, han descuidado educar a sus hijos con el propósito expreso de servir a Cristo en la extensión de su reino.* Dijo cierta madre cristiana, cuyo corazón está profundamente interesado en este tema: “Me temo que muchos de nosotros pensamos que nuestro deber parental se limita a labores en pro de la salvación de nuestros hijos; que hemos orado por ellos sólo que sean salvos; los hemos instruido sólo para que sean salvos.” Pero si ardiera en nuestro corazón como una flama inextinguible el anhelo ferviente por la gloria de nuestro Redentor y por la salvación de las almas, las oraciones más sinceras desde su nacimiento serían que no sólo ellos mismos sean salvos, sino que fueran instrumentos usados para salvar a otros.

En lo que respecta al servicio de Cristo, parece ser que consiste en llegar a ser creyente, profesar la religión, cuidar el alma de uno mismo, mantener una buena reputación en la iglesia, querer lo mejor para la causa de Cristo, ofrendar cuanto sea conveniente para su extensión y, al final, dejar piadosamente este mundo y ser feliz en el cielo. De este modo, “pasa una generación y viene otra” para vivir y morir de la misma manera. Y realmente la tierra “permanece para siempre”, y la masa de su población sigue en ruinas si los cristianos siguen viviendo así.

Existe, pues, la necesidad de apelar a los PADRES DE FAMILIA CRISTIANOS, en vista de la actual condición del mundo. Usted da sus oraciones y una porción de su dinero. Pero, como dijera la creyente ya citada: “¿Qué padre cariñoso no ama a sus hijos más que a su dinero? ¿Y por qué no han de darse a Cristo estos tesoros vivientes?” Este “procurar lo nuestro, no las cosas que son de Cristo” debe terminar, si es que alguna vez el mundo se convertirá. Debemos poner manos a la obra y enseñar a nuestros hijos a conducirse con fidelidad, de acuerdo con ese versículo: “Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, mas para aquel que murió y resucitó por ellos.”

Entiéndanos. No decimos que dedique sus hijos a la causa de la obra misionera exclusivamente, o a alguna obra de beneficencia. Debe dejar su designación al “Señor de la mies”. Él les asignará sus posiciones, sean públicas o privadas; o esferas de extensa o limitada influencia, según “le parezca bien.” Su deber es realizar todo lo que incluye el requerimiento “instruye a tus hijos en la ley de Jehová” con la seguridad de que llegará el momento cuando la voz del Señor diga, con respecto a cada uno “el Señor tiene necesidad de él”; y será guiado hacia esa posición en que al Señor le placera bendecirlo. Y si es retirada y humilde o pública y eminente, esté seguro de esto: encontrará suficiente trabajo asignado a él y suficientes obligaciones designadas a él, como para mantenerlo de rodillas, buscando gracia para fortalecerlo y para pedir el empleo intenso y diligente de todos sus poderes mientras viva.

Por lo tanto, padres de familia cristianos, una pregunta interesante es: “¿Que CUALIDADES prepararán mejor a nuestros hijos para ser siervos eficaces de Cristo?” Hay muchas –relacionadas con el CORAZÓN, la MENTE y la CONSTITUCIÓN FÍSICA.

Ante todo, piedad. Deben amar fervientemente a Cristo y su reino; consagrarse de corazón a su obra y estar listos para negarse a sí mismos, y sacrificarse en la obra a la cual él puede llamarlos. Debe ser una piedad sobresaliente, “Pero las cosas que para mí eran ganancias, helas reputado pérdidas por amor de Cristo”.

Dijo una mujer, actualmente esposa de un misionero americano: “Hacer y recibir visitas, intercambiar saludos cordiales, ocuparse de la ropa, cultivar un jardín, leer libros buenos y entretenidos y aun asistir a reuniones religiosas para complacerme a mí misma –nada de esto me satisface. Quiero estar donde cada detalle se relacione, constantemente y sin reservas, con la eternidad. En el campo misionero espero encontrar pruebas y obstáculos nuevos

e inesperados; aun así, escojo estar allí y, en lugar de pensar que es difícil sacrificar mi hogar y mi patria, siento que debo volar como un pájaro hacia aquella montaña.”

Una piedad tal que brilla y anhela vivir, trabajar y sufrir para Cristo es la primera y gran cualidad para inculcar en su hijo. Es necesario actuar eficazmente para Cristo en cualquier parte, en casa o afuera; en una esfera elevada o en una humilde. El Señor Jesús no tiene trabajo adaptado a los cristianos que viven en “un pobre estado moribundo” con el cual tantos se conforman. Es todo trabajo para aquellos que son “firmes en la gracia que es en Cristo Jesús”, y están dispuestos y decididos a ser “fieles hasta la muerte”.

2. *Cualidades intelectuales.* Es error de algunos pensar que cualidades mediocres bastan para “la obra de Cristo”. ¿Han de contentarse los cristianos con éstas en los negocios del reino del Redentor, cuando los hombres del mundo no las aceptan en sus negocios? Tenga cuidado en pervertir su dependencia de la ayuda divina, confiando que la calidez de su corazón compense su falta de conocimiento. El mandato: “Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente” se aplica tanto a la obra del Señor como al amor a él. Su hijo necesita una mente bien equilibrada y cultivada tanto como necesita un corazón piadoso. No permita que sus anhelos por hacer el bien se vean frustrados debido a su negligencia en ofrecerle una educación intelectual. No estamos diciendo que envíe a todos sus hijos a la universidad, y a todas sus hijas a academias para señoritas, sino que los prepare para hacer frente a las mentalidades bajo el dominio del pecado en cualquier parte; provistos de cualidades intelectuales nada despreciables.

3. *Cualidades relacionadas con la constitución física.* Los intereses de la religión han sufrido ya bastante por el quebrantamiento físico y la muerte prematura de jóvenes que prometían mucho. No dedique un hijo débil, enfermizo al ministerio porque no es lo suficientemente robusto como para tener un empleo o profesión secular. Nadie necesita una salud de hierro más que los pastores y misioneros. “Si ofrecen los cojos y enfermos en sacrificio, ¿no es esto perverso?” Usted tiene una hija a quien la Providencia puede llamar a los sacrificios de la vida misionera. No la críe dándole todos los caprichos, ni la deje caer en hábitos y modas que dañan la salud, ni que llegue a ser una mujer “sensible y delicada, que por su delicadeza y sensibilidad no se aventura a poner su pie en el suelo”, que queda librada a una sensibilidad morbosa o a un temperamento nervioso lleno de altibajos. ¿Se contentaría con dar semejante ofrenda al Rey de Sión? ¿Sería una bondad para con ella, quien puede ser llamada a sufrir mucho y a quien le faltará la capacidad de resistencia, al igual que de acción que puede ser adquirida por medio de una buena educación física? No: dedique “a Cristo y la iglesia” sus “jóvenes que son fuertes” y sus hijas preparadas para ser compañeras de los tales en las obras y los sufrimientos en nombre de Cristo.

Hasta aquí las cualidades. Hablaremos ahora más particularmente de los DEBERES DE LOS PADRES en educar a sus hijos e hijas para la obra de Cristo.

1. *Ore mucho, con respecto a la gran obra que tiene entre manos.* “¿Quién es suficiente para estas cosas?” se pregunta usted. Pero Dios dice: “Bástate mi gracia”. Manténgase cerca del trono de gracia con el peso de este importante asunto sobre su espíritu. La mitad de su trabajo ha de hacerlo en su cámara de oración. Si falla allí, fallará en todo lo que hace fuera de ella. Tiene que contar con sabiduría de lo Alto para poder formar siervos para el Altísimo. Esté en comunión con Dios respecto al caso particular de cada uno de sus hijos. Al hacerlo, obtendrá perspectivas de su deber que nunca podría haber obtenido por medio de la sabiduría humana; y sentirá motivos que en ninguna otra parte se apreciarían debidamente. Sin duda, en el día final se revelarán las transacciones de padres de familia cristianos con Dios, con respecto a sus hijos, que explicarán gozosamente el secreto de su devoción y de lo útiles que fueron. Se sabrá entonces más de lo que se puede saber ahora, especialmente en cuanto a las oraciones de las madres. La madre de Mill realizaba algunos ejercicios peculiares en su cámara de oración, respecto a él, lo cual ayuda a entender su vida tan útil. Uno de nuestros periódicos religiosos consigna el dato interesante de que “de ciento veinte alumnos en unos de nuestros seminarios teológicos, cien eran el fruto de las oraciones de una madre, y fueron guiados al Salvador por los consejos de una madre.” Vea lo que puede lograr la oración. “Sea constante en la oración.”

2. *Cultive una tierna sensibilidad hacia su responsabilidad como padre.* Dios lo hace responsable por el carácter de sus hijos con relación a su fidelidad en usar los dones que le ha dado. Usted ha de “rendir cuentas” en el día del juicio por lo que hace, o no hace, para formar correctamente el carácter de sus hijos. Puede educarlos de tal manera que, por la gracia santificadora de Dios, sean los instrumentos para salvación de cientos, sí, de miles; o que por descuidarlos, cientos, miles se pierdan, y la sangre de ellos esté en sus manos. No puede usted deslindarse de esta responsabilidad. Debe actuar bajo ella y encontrarse con ella “en el juicio”. Recuerde esto con un temor piadoso, a la vez que “exhórtese en el nombre del Señor”. Si es fiel en su cámara de oración y en hacer lo que allí reconoce como su

deber, encontrará la gracia para sostenerlo. Y el pensamiento será delicioso al igual que solemne: “Se me permite enseñar a estos inmortales a glorificar a Dios por medio de la salvación de las almas.”

3. *Tenga usted mismo un espíritu devoto.* Su alma debe estar sana y debe prosperar; debe arder con amor a Cristo y su reino, y todas sus enseñanzas tienen que ser avaladas por un ejemplo piadoso, si es que a de guiar a sus hijos a vivir devotamente. Alguien le preguntó al padre de numerosos hijos, la mayoría de ellos consagrados al Señor: ¿Qué medios ha usado con sus hijos?

He procurado vivir de tal manera, que les mostrara que mi propio gran propósito es ir al cielo, y llevármelos conmigo.

4. *Empiece la instrucción religiosa TEMPRANO.* Esté atento para ver las oportunidades para esto en todas las etapas de la niñez. Las impresiones tempranas duran toda la vida, aun cuando las posteriores desaparecen. Dijo una misionera americana: “Recuerdo particularmente que cierta vez, estando yo sentada en la puerta, mi mamá se acercó y se paró junto a mí y me habló tiernamente acerca de Dios y de asuntos relacionados con mi alma, y sus lágrimas cayeron sobre mi cabeza. Eso me convirtió en una misionera.” Cecil dice: “Tuve una madre piadosa, siempre me daba consejos. Nunca me podía librar de ellos. Yo era un inconverso profeso, pero en aquel entonces prefería ser un inconverso con compañía que estar solo. Me sentía desdichado cuando estaba solo. La influencia de los padres se aferra al hombre; lo acosa; se pone continuamente en su camino.” John Newton nunca pudo quitarse las impresiones que dejaron en él las enseñanzas de su madre.

5. *Procure la conversión temprana de sus hijos.* Considere cada día que siguen sin Cristo como un aumento del peligro en que están y la culpa que llevan. Cuenta una misionera: “Alguien le preguntó a cierta madre que había criado a muchos hijos, todos de los cuales eran creyentes consagrados, qué medios había usado para lograr su conversión. Ella respondió: ‘Sentía que si no se convertían antes de los siete u ocho años, probablemente se perderían; y cuando llegaban a esa edad, yo me angustiaba ante la posibilidad de que pasaran impenitentes a la eternidad; y me acercaba al Señor con mi angustia. Él no rechazó mis oraciones ni me negó su misericordia. Ore por esto: “Levántate y da voces en la noche, en el comienzo de las vigiliias. Derrama como agua tu corazón ante la presencia del Señor. Levanta hacia él tus manos por la vida de tus pequeñitos.” Espere el don temprano de gracia divina basado en promesas como ésta: “Mi espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos: y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas. Este dirá: Yo soy de Jehová; el otro se llamará del nombre de Jacob; y otro escribirá con su mano, a Jehová, y se apellidará con el nombre de Israel” (Isa. 44:3-5). La historia de algunas familias es un deleitoso cumplimiento de esta promesa. Los corazones jóvenes son los mejores en los cuales echar, profunda y ampliamente, los fundamentos de una vida útil. No se puede esperar que su hijo haga nada para Cristo hasta no verlo al pie de la cruz, arrepentido, creyendo y consagrándose al Señor.

Algunos suponen que la religión no puede penetrar la mente del niño: que se requiere haber llegado a una edad madura para “arrepentirse y creer el evangelio”. Por lo tanto, el niño creyente es considerado muchas veces como un prodigio; y que la gracia en un alma joven es una dispensación de la misericordia divina demasiado inusual como para esperar que suceda normalmente. “Padres”, decía cierta madre, “trabajen y oren por la conversión de sus hijos.” Hemos visto a padres llorando por la muerte de sus hijos de cuatro, cinco, seis, siete años, quienes no parecían sentir ninguna inquietud si acaso habrían muerto en un estado espiritual seguro, ningún auto reproche por haber sido negligentes en procurar su conversión. *Es un hecho interesante, y uno serio, en relación con la negligencia de los padres, que se ha sabido de niños menores de cuatro años que han sentido convicciones profundas de haber pecado contra Dios, y de su estado perdido, se han arrepentido de sus pecados, han creído en Cristo, han demostrado su amor por Dios y han dado todas las evidencias de la gracia que se observan en personas adultas.* El biógrafo de la que fuera en vida la Sra. Huntington, cuenta que, escribiéndole ella a su hijo “habla de tener un recuerdo vívido de una solemne consulta en su mente a los tres años de edad con respecto a que si en ese momento era mejor ser creyente o no, y que había llegado a la decisión que no.” La biografía de Janeway y de muchos otros prohíben la idea de que la religión en el corazón joven sea un milagro, y muestran que los padres tienen razón de preocuparse ante la posibilidad que sus hijos pequeños mueran sin esperanza, a la vez que se les debe alentar a procurar su conversión.

Hemos de ser cautelosos en desconfiar sin razón de la aparente conversión de los niños. Cuide a los pequeños discípulos cariñosa y fielmente. Sus tiernos años demandan una protección más cuidadosa y tierna. No les dé razón para decir: “Fueron negligentes conmigo porque pensaban que era demasiado pequeño para ser creyente”. Es cierto, muchas veces padres de familia y pastores se han decepcionado con niños que parecían haberse entregado al Señor.

Pero el día del juicio posiblemente revele que han habido, entre los adultos, más casos de decepción e hipocresía que no se han detectado, que desengaños con respecto a niños que se supone se han entregado al Señor. La niñez es más cándida que la adultez; el niño es más propenso a quitarse la máscara de la religión, si de hecho es la suya una máscara; y siendo sensible nuevamente a la convicción de pecado –quizá de veras se convierta. El adulto, más cauteloso, engañoso, atrevido en su falsa profesión de fe, usa la máscara, hace a un lado la convicción, exclama: “Paz y seguridad” y sigue decente, solemne y formalmente su descenso al infierno.

Anhele la conversión temprana de sus hijos a fin de que tengan el mayor tiempo posible en este mundo para servir a Cristo. Si “el rocío de nuestra juventud” se dedica a Dios, sin duda, con el transcurso de los años se notará una madurez proporcional de su carácter cristiano y su capacidad para realizar obras más eficaces para Cristo.

6. *Mantenga una relación familiar cristiana con sus hijos.* Converse con ellos tan libre y cariñosamente sobre temas religiosos como conversa sobre otros. Si es usted un cristiano próspero y cariñoso, le resultará natural y fácil hacerlo. Deje que la intimidad religiosa se entretaja con todas las costumbres de su familia. De esta manera sabrá cómo aconsejar, advertir, reprender, alentar; sabrá también cómo van madurando; cuál es la “la razón de la fe que hay en ellos”; particularmente para qué tipo de obra para Cristo tienen capacidad. Y si mueren jóvenes, o antes de usted, tendrá usted el consuelo de haber observado y conocido el progreso de su preparación para “partir y estar con Cristo”.

7. *Mantenga siempre vivo en la mente de su hijo que el gran propósito para el cual debe vivir es la gloria de Dios y la salvación de los hombres.* Hacemos mucho para dar dirección a la mente y formar el carácter del hombre, colocando delante de él un objetivo para la vida. Los hombres del mundo conocen y aplican este principio. Lo mismo debe hacer el cristiano. El objetivo ya mencionado es el único digno de un alma inmortal y renovada, y prepara el camino para la nobleza más alta en ella: la elevará por encima del vivir para sí misma y la constreñirá a ser fiel en la obra de su Señor. Enséñele a su hijo a poner al pie de la cruz sus logros, su personalidad, sus influencias, riquezas –todas las cosas y a vivir anhelando: “Padre, glorifica tu nombre.”

8. *Elija con mucho cuidado los maestros de sus hijos.* Sepa elegir la influencia a la cual entrega su hijo o hija. Tiene usted un objetivo grande y sagrado que cumplir. Los maestros de sus hijos deben ser tales que les ayuden a cumplir ese objetivo. Un carácter moral correcto en el maestro no basta. Esto muchas veces viene acompañado de opiniones religiosas sumamente peligrosas. Su hijo debe ser puesto bajo el cuidado de un maestro consagrado, quien en relación con su alumno debe sentir: “Tengo que ayudar a este padre a capacitar a un siervo para Cristo”. En su elección de una escuela o academia, nunca se deje llevar meramente por su reputación literaria, su lugar en la sociedad, su popularidad, sin considerar también la posibilidad de que su ambiente no cuente con la vitalidad de una decidida influencia religiosa –y que hasta puede estar envenenada por los conceptos religiosos erróneos de sus maestros. En cuanto a enviar a su hija a un convento católico para que se eduque, un pastor sensato dijo a un feligrés: “Si no quiere que su hija se queme, no la ponga en el fuego.” [Nota del editor: cuánto más se aplica esto al sistema de escuelas públicas con su educación sexual, evolucionismo y burlas de Dios.] A cierta viuda le ofrecieron educar a uno de sus hijos donde prevalecía la influencia del Unitarismo. Ella rechazó la oferta, confiando que Dios la ayudaría a lograrlo en un ambiente más seguro. Su firmeza y fe fueron recompensadas con el éxito. Un señorita fue puesta bajo el cuidado de una maestra que no era piadosa. Cuando su mente se interesaba profunda y ansiosamente en temas religiosos, la idea “qué pensará de mí mi maestra” y el temor a su indiferencia y aun desprecio, influenciaron sus decisiones, y contristaron al Espíritu de Dios. Padre de familia cristiano, sus oraciones, sus mejores esfuerzos pueden verse frustrados por un maestro que no tiene religión.

9. *Cúidese de no echar por tierra sus propios esfuerzos por el bienestar espiritual de sus hijos.* Ser negligente en algún deber esencial, aunque realice otros, lo causará. La oración sin la instrucción no sirve; tampoco la instrucción sin el ejemplo correcto; ni la oración en familia sin las serias batallas en la cámara de oración; ni todos estos juntos, si no los esta vigilando para que no caigan en tentación. Tema consentirlos con entretenimientos vanos. En cierta oportunidad una madre fue a la reunión de sus amigas, y les pidió que oraran por su hija a quien aparentemente ella había permitido, en ese mismo momento, asistir a un baile, y justificaba lo impulsivo e inconsistente de su permiso, en sus propios hábitos juveniles de buscar entretenimientos. *Si los padres permiten que sus hijos se arrojen directamente en “las trampas del diablo”, al menos que no se burlen de Dios pidiendo a los creyentes que oren para que los cuide allí.* Si lo hacen, no se sorprendan si sus hijos viven como “siervos del pecado” y mueren como vasos de la ira.

Guárdese de ser un ejemplo de altibajos en la religión: ahora, puro fervor y actividad; luego, languidez, casi sin hábito de vida espiritual. El hijo o hija perspicaz dirá: “La religión de mi padre es de saltos y arranques, de tiempos y temporadas. Es todo ahora, pero pronto no será nada, igual que antes.” Si usted anhela que sus hijos sirvan a Cristo con constancia, sívalos así usted. Tema esa religión periódica, que de pronto brota de en medio de la mundanidad e infidelidad, y en la cual los sentimientos afloran como “una corriente engañosa”; o, como lo expresara un autor: “como un torrente de montaña, crecido por las inundaciones primaverales, encrespado, rugiendo, que corre con bríos, pareciendo un río portentoso y permanente, pero que, después de unos días, baja, se convierte en apenas un hilo de agua o desaparece dejando un cauce seco, rocoso, silencioso como la muerte.” La consagración más profunda es como un río profundo y lleno; silencioso, alimentado por fuentes vivas; que nunca desencanta, siempre fluye, fertiliza, embellece. Sea así la humildad, la constancia, el sentimiento, la laboriosidad del carácter cristiano activo, en el cual nuestros hijos vean que servir a Cristo es la gran ocupación de la vida, y se sientan constreñidos a hacerlo “de todo corazón”.

10. *Cúidese de aceptar que sus hijos vivan “según la costumbre del mundo”; buscando sus honores, involucrándose en sus luchas ambiciosas, en sus costumbres y modas secularizadoras.* Los hijos de padres consagrados no deben encontrarse entre los adeptos a la moda; emulando sus alardes y logros inútiles. “¿Cómo le roban a Cristo lo suyo?” dijo un padre de familia cristiano. “He observado muchos casos de padres ejemplares, fieles y atinados con sus hijos hasta, quizá los quince años. Luego desean que se asocien con personas distinguidas y, el temor de que sean distintos les ha llevado a dar un giro y vestirlos como gente mundana. Hasta les han escogido sus amistades íntimas. Y los padres han sufrido severamente bajo la vara del castigo divino; sí, han sido mortificados, sus corazones han sido quebrantados por tales pecados, debido a las desastrosas consecuencias en lo que al carácter de sus hijos respecta.

11. *Cúidese de los conceptos y sentimientos que promueve en sus hijos con respecto a los BIENES MATERIALES.* En las familias llamadas cristianas, el amor por los bienes materiales es uno de los mayores obstáculos para el extendimiento del evangelio. Cada año, las instituciones cristianas de benevolencia sufren por esta causa. Los padres enseñan a sus hijos a “apurarse a enriquecerse”, como si esto fuera lo único para lo cual Dios los hizo. Dan una miseria a la causa de Cristo. Y los hijos e hijas siguen su ejemplo, aun después de haber profesado que conocen el camino de santidad y han dicho “no somos nuestros”. Se podrían mencionar hechos que, pensando en la iglesia de Dios, harían sonrojar a cualquier cristiano sincero. Enseñe a sus hijos a recordar lo que Dios ha dicho: “tu plata y tu oro son míos”. Recuérdeles que usted y ellos son mayordomos que un día darán cuenta de lo suyo. Considere la adquisición de bienes materiales de importancia sólo para poder hacer el bien y honrar a Cristo. No deje que sus hijos esperen que los haga herederos de grandes posesiones. Deje que lo vean dar anualmente “según Dios lo ha prosperado” a todas las grandes causas de benevolencia cristiana. Ellos seguirán su ejemplo cuando usted haya partido. Dejar a sus hijos la herencia de su propio espíritu devoto y sus costumbres benevolentes será infinitamente más deseable que dejarles “miles en oro y plata”. Hemos visto ejemplos tales.

Para ayudar en esto, cada padre debe enseñar a su familia a ser económica, como un principio religioso. Influya en ellos a temprana edad para que se decidan a practicar una economía altruista y entusiasta. Enséñeles que “más bienaventurado es dar que recibir”: a escribir “santidad al Señor” en el dinero que tienen en el bolsillo, en lugar de gastarlo en placeres dañinos; a procurar la sencillez y economía en el vestir, los muebles, su manera de vivir y a considerar todo uso fútil del dinero como un pecado contra Dios.

12. *Cúidese de no frustrar sus esfuerzos por lograr el bien espiritual de sus hijos, teniendo malos hábitos en su familia.* Las conversaciones livianas, una formalidad aburrida y apurada en el culto familiar; conversaciones mundanas el día del Señor, o comentarios de censura provocan que todos los hijos de familias enteras descuiden la religión. Guárdese contra ser pesimista, moralista, morbosos. Algunos padres creyentes parecen tener apenas la religión suficiente para hacerlos infelices y para tener toda la fealdad del temperamento y de los hábitos religiosos que proviene naturalmente de una conciencia irritada por su infiel “manera de vivir”. Hay en algunos cristianos una alegría y dulzura celestiales que declaran a sus familias que la religión es una realidad tanto bendita como seria, dándoles influencia y poder para ganarlos para la obra de Cristo. Cultive esto. Deje que “el amor de Dios [que] está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” pruebe constantemente a sus hijos que la religión es el origen del placer más auténtico, de las bendiciones más ricas.

13. *Si desea que sus hijos sean siervos obedientes de Cristo, debe gobernarlos bien. La subordinación es una gran ley de su reino.* La obediencia implícita a su autoridad es como la sumisión que su hijo debe rendir a Cristo. ¡Cómo aumenta las penurias de su cristianismo conflictivo el hábito de la insubordinación y terquedad! Muchas veces lo hacen

antipático e incómodo en sus relaciones sociales y domésticas, en la iglesia termina siendo un miembro rebelde o un pastor antipático, o, si está en la obra misionera, resulta ser un problema constante y amargo para todos sus colegas. Comentaba un pastor con respecto a un miembro de su iglesia que había partido y para quien había hecho todo lo que podía: “Era uno de los robles más tercos que jamás haya crecido sobre el Monte Sión.”

Cuando se convierte el niño bien gobernado, está listo para “servir al Señor Jesucristo, con toda humildad” en cualquier obra a la cual lo llama, y trabajará amable, armoniosa y eficientemente con los demás. Entra al campo del Señor diciendo: “Sí, sí, vengo para hacer tu voluntad, oh mi Dios”. Tendrá el espíritu celestial, “la humildad y gentileza de Cristo” y al marchar hacia adelante de un deber a otro, podrá decir con David: “Como un niño destetado está mi alma.” “El hacer tu voluntad, Dios mío, hame agradado.” Y con ese espíritu encontrará preciosa satisfacción en una vida de exitosa labor para su Señor sobre la tierra y “en la esperanza de la gloria de Dios”.

Si desea gobernarlos correctamente a fin de que sus hijos sean aptos para servir a Cristo, estudie la manera como gobierna un Dios santo. El suyo es el gobierno de un Padre, persuasivo y sin debilidad; de amor y misericordia, pero justo; paciente y tolerante, pero estricto en reprender y castigar las ofensas. Ama a sus hijos, pero los disciplina para su bien; alienta para que lo obedezcan, pero en su determinación de ser obedecido es tan firme como su trono eterno. Da a sus hijos razón para que teman ofenderlo; a la vez, les asegura que amarle y servirle será para ellos el comienzo del cielo sobre la tierra.

Hemos mencionado casualmente el interés de las MADRES en este asunto. A la verdad, el deber y la influencia maternal constituyen el fundamento de toda la obra de educar a los hijos para servir a Cristo. La madre cristiana puede bendecir más ricamente al mundo a través de sus hijos, que muchos que se han sentado sobre un trono. ¡Madres! La Divina Providencia pone a sus hijos bajo su cuidado en un periodo de la vida cuando se forjan las primeras y eternas impresiones.

Sea su influencia “santificada por la palabra de Dios y la oración” y consagrada al alto objetivo de educar a sus hijos e hijas para “la obra de Cristo.”

HERMANOS EN EL SAGRADO OFICIO DEL MINISTERIO: ¿Hemos hecho todo lo posible, según considerábamos nuestra responsabilidad, en cuanto a este asunto? Nuestras labores, ¿han sido realizadas con suficiente atención a nuestros oyentes más jóvenes y su preparación para servir al “Señor de la mies”? El pastor debe conocer a los niños bajo su cuidado, y saber lo que sus padres están haciendo para su bien y para prepararlos con el fin de servir al Señor Jesucristo. Hemos de influir constante y eficazmente sobre la mente de los padres, predicarles, conversar con ellos, sacudirles la conciencia con respecto a sus deberes. Debemos sentarnos con ellos en la tranquilidad de sus hogares y hacerles preguntas como éstas: Según su opinión, ¿cuál es su deber a Dios con respecto a sus hijos? ¿Qué expectativas tiene en cuanto a su futura contribución al reino de Dios sobre la tierra? ¿Está cumpliendo su deber con sus ojos puestos en el tribunal de Cristo? ¿Qué medios emplea a fin de que sus expectativas lleguen a ser una realidad? ¿Anhela ver la gloria de Dios y la conversión de su mundo perdido, con la ayuda de “los hijos que Dios en su gracia le ha dado”? Tales preguntas, hechas con la seriedad afectuosa de los guardias de almas, tocarán el corazón en el que hay gracia; despertará sus pensamientos e impulsará a la acción. Hemos de ayudar a los padres de familia a ver cómo ellos y sus familias se relacionan con Dios y este mundo rebelde. Y si promovemos su prosperidad personal en la vida divina, no hay mejor manera que ésta, de estimularlos a cumplir sus altos y solemnes deberes.

PADRES CRISTIANOS –Nuestros hijos han sido educados durante demasiado tiempo sin ninguna referencia directa a la gloria de Cristo y al bien de este mundo caído que nos rodea. Su dedicación a la obra de Cristo también ha sido muy imperfecta. Por esta razón, entre otras, la obra de evangelizar el mundo ha sido tan lenta. Usando las palabras de cierto padre de familia cristiano profundamente interesado en este tema, diremos: “Se dice mucho, y con razón, acerca del deber del cristiano de considerar sus bienes materiales como algo consagrado a Cristo; y se comenta con frecuencia que hasta que actúe basado en principios más elevados; el mundo no podrá ser ganado para Cristo.” Es cierto; pero nuestro descuido en esto no es la base de nuestra infidelidad. Me temo que muchos de los que sienten su obligación en cuanto a sus bienes materiales, olvidan que deben responder por sus hijos ante Cristo, ante la iglesia y ante los paganos. *Se necesitan millones en oro y plata para llevar adelante la obra de evangelizar el mundo; pero mil mentes santificadas lograrán más que millones de dinero.* Y, cuando los hijos de padres consagrados se entreguen, con el espíritu de verdaderos cristianos, a la salvación del mundo, ya no habrá “tenebrosidades de la tierra llenas... de habitaciones de violencia”.

“¿Han tenido los hombres un deber más grande que el que los compromete a educar sus hijos para beneficio del mundo? Si esto fuera nuestro anhelo constante, prominente, daría firmeza a nuestras enseñanzas y oraciones; hemos de guardarnos de todo hábito o influencia que obstaculice el cumplimiento de nuestros anhelos. Enseñaríamos a nuestros hijos a gobernarse a sí mismos, a negarse a sí mismos, a ser industriosos y esforzados. No seríamos culpables de una vacilación tan triste entre Cristo y el mundo. Cada padre sabría para qué está enseñando a sus hijos. Cada hijo sabría para qué vive. Su conciencia sentiría la presión del deber. No podría ser infiel al objetivo que tiene por delante sin violar su conciencia. Semejante educación, ¿no sería obra del Espíritu de Dios y bendecida por él, y acaso no se convertirían temprano nuestros hijos? Entonces entregarían todos sus poderes a Dios.”

Padres cristianos, “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas”. El pupilaje de sus hijos desaparece en las veloces alas del tiempo. Imitemos el espíritu de los primeros propagadores del cristianismo y llevemos a nuestros hijos con nosotros en las labores de amor. Sea nuestra meta lograr una consagración más alta. Los débiles deben llegar a ser como David; y David como el Hijo de Dios. El que sólo unos pocos hombres y mujeres en todo un siglo aparezcan con el espíritu de Taylor, Brainerd, Martyn y Livingston debe terminar. Debería haber cristianos como ellos en cada iglesia. Sí, por qué no ha de estar compuesta de los tales cada iglesia a fin de que sus moradas sean demasiado “pequeñas para ellos” y ellos, con el Espíritu de Cristo que los constriñe, salgan, en el espíritu infatigable de la empresa cristiana, a los confines del mundo. Con tales columnas y “piedras labradas”, el templo del Señor sería ciertamente hermoso. Bendecida con los que apoyan la causa de Cristo en su hogar, la iglesia será fuerte para la obra de su Señor. Bendecida con tales mensajeros de salvación a los paganos, la obra de evangelizar las naciones avanzará con rapidez. Al marchar hacia adelante y proclamar el amor del Salvador, saldrá de todas las “tenebrosidades” la exclamación; “¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salud, del que dice a Sión: Tu Dios reina!” (Isa. 52:7).

Tomado del sermón “La sangre del rociamiento y los niños”.

